AÑO IV — BUENOS AIRES, 28 DE SEPTIEMBRE DE 1925 — No. 192

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

BIBLIOTECA

INFANCIA DESVALIDA

A esa infancia que pare la demasiado generosa "entraña del suburbio", las damas encopetadas le han puesto un nombre. Denomínase *infancia desvalida*. Para ella se fabricaron los "patronatos" y las numerosas sociedades "benéficas" y demás instituciones filantróp.cas. Rellenan sus ocios *haciendo caridad*, mientras sus respectivos consortes también fabrican la miseria, que ellas se encargarán de mitigar en una proporción infinitesimal. Ellos hurtan cien mil, para que sus caras mitades devuelvan al expoliado diez o cinco, cuando no acontece que sólo se le ofrezcan, sin concedérseles. Además de ganarse un lote en el cielo, con tan buenas acciones, sienten que un halo de virtud les circunda las testas... Es la bondad con taximetro. A sus horas y en ciertas ocasiones. También luce mucho salir en letras de molde en esos diarios vacuos, solemnes y campanudos. Es una réclame que ningún dinero alcanzaría a pagarla. La verdad, si esa infancia desvalida no existiera, habría que inventarla por las múltiples ventajas que retrotrae esa sociedad, que toma como pretexto de diversión las desgracias de los más. Pero pueden estar seguras aquellas señoras, con mentalidad y sentimientos de barraganas, que sus respectivos consortes han de seguir fabricando esa *infancia desvalida* desgraciadamente por mucho tiempo todavía.

Siendo este el juego normal de todos los días, no debía extrañarnos. Pero es que la rastrera pedigüeñería de estas señoronas y señoritingas, adopta métodos francamente repugnantes aun para un cafre.

Para efectuar la colecta del 2 de octubre, llevada a cabo todos los años por uno de los "patronatos" más antiguos, echaron mano a esa misma infancia desvalida. A esos pobres niños, que en tan temprana edad les inducen a fingir y a extender la palma a los transeuntes, en gesto de misericordia, les incuten el deprimente vicio de la hipocresía, que adquirida una vez, es muy difícil desprenderse de ella durante el resto de la vida. He ahí la obra benéfica y filantrópica de esas pervertidas damas, roídas por el lujo y la vanidad.

Demos algunos datos fehacientes de como se realiza esta colecta, y estarán de acuerdo con nosotros sobre lo asquearante de este espectáculo. Escribe un cronista de "La Nación"

Es, por cierto, una hermosa nota, en la vida de la ciudad, la solicitud con que esos niños realizan su tarea, con una conciencia más o menos clara, según la edad, de lo que ella significa, e invariablemente con un empeño que parece animado por el ángel mismo de la caridad. La cabeza de perro que en esta ocasión figura la alcancía, aparece llevada por las pequeñas manos infantiles, en todos los sitios donde hay probabilidades de obtener el óbolo, y circula, sobre todo, en las casas de las personas pudientes. Allí los pequeños solicitantes piden con más abundancia, con más insistencia. Algunos tienen un verdadero arte intuitivo para pedir. Piden con un modito especial, graciosamente exigente. El ángel parece inspirarles, según suele ser maravillosa la habilidad que despliegan. Saben alzar la alcancía hacia las manos de los mayores, como para hacer sentir la santidad cristiana del pedido. Saben sonreír de antemano, como si estuvieran seguros de que apelan a un corazón generoso. Saben ponerse tristes, con la cabeza del perro oprimida contra el pecho, y quejarse de que la gente no les ha dado tanto como ellos esperaban. Son, en fin, intérpretes eficaces del sufrimiento y de los males que el óbolo general alivia con esta contribución del 2 de octubre.

Ahora bien: esta institución se jacta de proteger la infancia contra el abandono, la miseria, la enfermedad y los malos tratos; propagar en las familias las nociones de la higiene; propagar la lactancia maternal; vigilar el trabajo de los niños en las fábricas y etc. Para esa *grandiosa obra*, invierte anualmente siete millones y trescientos mil pesos. Posee 3.300 pensionistas y, según estadística presentada al Congreso Internacional del Niño, realizado en Ginebra, a los cursos dominicales concurren 1.500 obreros, a escuchar la enseñanza impartida por "señoritas y señoras de la alta sociedad porteña, que no ahorran tiempo y cuidados para elevar el nivel moral de estos alumnos."

Quisiéramos asistir a estos cursos, dictados por señoritingas, jamonas y otras *señorotongas* en trance de elevar el nivel moral del prójimo... Afirmaríamos sin temor de equivocarnos que es el más grotesco sainete visto y escuchado durante nuestra existencia.

Medítese en esas cifras, comparándolas con la población de la metrópoli, que asciende a casi dos millones, e indudablemente no verán en ello sino un pretexto para que esas *damas y señoritas* se sientan excesivamente virtuosas ante amigos, parientes y allegados para tener luego una propaganda gratis et amore en las columnas de dos o tres diarios adulones y serviles. ¿Qué son tres mil trescientas pensionistas y mil quinientos obreros, que aun no creemos se beneficien mucho, comparados con toda la pobreza, la indigencia y el pauperismo que azotan a esas poblaciones miserables de los suburbios? Trabajan, a todo lo largo de sus vidas, para malcomer, viviendo en una constante escasez, a fin de que la "sociedad", de cuando en cuando se proporcione el lujo de pavonearse con su desgracia y miseria.

Son, estas instituciones, del género muy conocido en que todas las entradas son insumidas por los gastos generales. Hojeando uno de estos prospectos de una "Sociedad contra la trata de blancas", impreso con todo lujo, leímos varios casos en los cuales habían intervenido los miembros de esta misteriosa congregación. Se trataba de la salvación de una entera familia, por los despilfarros de su padre y de su marido carrerista, que casi labra la ruina de todos sus hijos; de varias jóvenes seducidas y en trance de perderse; una que, engañada, se le encerró en un meretricio, y la sociedad, después de las gestiones pertinentes, la envió a una capital de provincia, reintegrándola en el seno de su familia; un padre que indujo a una hija a dar el mal paso... En fin, una serie de aberraciones y de catástrofes sentimentales, que esta benemérita congregación evitó... A punto de enternecernos, llegamos a la última página. Y al echar un vistazo sobre las entradas y las salidas, pudimos comprobar que todos los casos angustiosos fueron remediados con la insignificante suma de 89 pesos con cincuenta centavos; a la par que los gastos de local, de un contador, de un secretario, de vocales, de muchachas cuestadoras, de un dactilógrafo y de útiles de escritorio, insumían 1.300 pesos.

He ahí un espécimen de la fauna parasitaria de esta filantropía burguesa. Claro, hay otras instituciones que operan en más vasta escala. Por ejemplo la Liga Patriótica, el Patronato de la Infancia, etcétera.

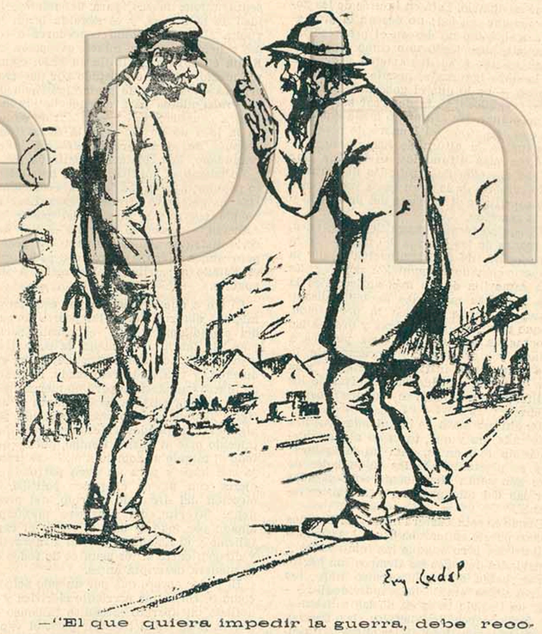
De todos modos, lo que más subleva e indigna es el empleo que se hace de los niños para conmover con más eficacia a los transeuntes.

Usar como cebo a los niños sólo se les ocurre a esas señoronas que, instituyendo *escuelas de jóvenes madres* prefieren que un ama amamante sus hijos a fin de no perder la línea y verse libres para acudir a bailes y saraos. Ellas, ¿cómo podrán mentir que es una mala acción que cometen al complicar la infancia en sus falsos fines filantrópicos? Poseen conciencia de gutapercha y una sensibilidad de paquidermo. Habrá excepciones entre ellas. Pero por su educación y sus hábitos deben forzosamente conducirse tan descabelladamente.

Tal vez lo que una mujer del pueblo, con su instintiva bondad, nunca ejecutaría, estas hembras criadas en el lujo lo realizarían con el mayor desenfado.

No queremos decir con esto que ciertos sentimientos sean acaparados por una determinada clase de la sociedad, sino que casi todas las madres no extienden su amor a todos los hijos de las otras madres. Y tratándose de huérfanos de modesta extracción, se los emplea como lo hacen estas damas encopetadas: para pedir limosna

¡GUERRA A LA GUERRA!



—"El que quiera impedir la guerra, debe reconocer ante todo que sólo la clase obrera es capaz de ello" -- R. Rocker.

Desde ya hemos de anunciar lo contenido en el SUPLEMENTO que ha de aparecer el 12 de octubre, conmemorando la desaparición de Francisco Ferrer, y contra la guerra.

Constará de 16 páginas. Numerosas ilustraciones decorarán sus páginas, siendo casi todas ellas alusivas a las masacres colectivas fraguadas por la barbarie patriótica de los politiqueros, financistas y matarifes a sueldo. No faltarán los documentos, que presentan las bellezas horrorosas de la guerra.

Las firmas que más se han distinguido en su combatividad contra el militarismo, esa delincuencia organizada, contribuirán a enriquecer el texto de ese número extraordinario.

Entre los principales trabajos que se publicarán en este número del SUPLEMENTO, figuran los siguientes:

"Tras rejas y alambre de puas", por Rudolf Rocker; "Francisco Ferrer y la Escuela Moderna", por Emma Goldman; "Ferrer y su Escuela", por Enrique Nido.

La crisis de la humaninad y el esfuerzo anarquista

¿Cuál es la última causa de la gran enfermedad de la humanidad presente — enfermedad que se anuncia cada día por nuevos síntomas y que no desmiente la prosperidad local de algunos países? Quizás tienen razón los que ven esa causa en el desenvolvimiento desigual, desproporcionado de las diversas fuerzas propias de la humanidad o controladas por ella. El gran principio inseparable del verdadero progreso, pero que un progreso artificial ignora muy a menudo, ha sido olvidado desde hace mucho tiempo: la *igualdad* que tiene por verdadera expresión la *solidaridad;* pero ¿qué se hizo de esa igualdad? Todos los esfuerzos han concurrido a hacerla desaparecer y al fin sobrevino la crisis presente o más bien el comienzo de una crisis que abre surcos cada vez más profundos, que será difícil vencer y que únicamente podrá ser dominada por la difusión de las ideas de libertad y de solidaridad, por la difusión del espíritu anarquista.

Las fuerzas productivas técnicas se han desarrollado y se difunden universalmente de una manera ascendente. Las riquezas naturales del globo han sido descubiertas casi todas, están en explotación puramente especuladora que las disminuye rápidamente y controladas todas por grupos capitalistas o, si el negocio no es tan bueno, por los Estados, raramente por algunas municipalidades. La población de casi todos los países aumenta, y el problema de encontrar trabajo para el excedente creciente se plantea cada vez más, y no es resuelto por conquistas o emigración; la falta de trabajo se vuelve crónica y a menudo llega hasta los obreros mejor situados, porque la mano de obra extranjera, exótica incluso, más barata, basta para las máquinas. Resulta de ahí la envidia, la enemistad recíproca entre los pueblos; la guerra latente o aguda — la fuerza por lo tanto —, es la única que regula sus relaciones; de ahí el nacionalismo y el estatismo, pues cada cual desea ser protegido por su Estado, por su ejército en caso de necesidad; y los pueblos se dividen cada vez más. En una palabra, las fuerzas puramente técnicas, productivas y destructivas (imposición de una superioridad comercial y guerra abierta) están desencadenadas en una amplitud enorme y creciente y el hecho de que las poblaciones aumentan todavía hace más y más ásperas y crueles las rivalidades y las luchas entre los Estados — y la humanidad no conoce aún más que Estados, es decir centros territoriales antihumanitarios, centros que proclaman que el lazo de nacionalidad, de raza o de nacimiento en el mismo territorio es infinitamente superior al lazo entre todos los hombres que constituyen la humanidad. El estado no conoce la humanidad: no conoce más que jurisdicciones de Estados extranjeros que desprecia, de quien desconfía y a quien ataca en la medida que se atreve a hacerlo impunemente. Todas esas tendencias se acentúan y las previsiones llamadas internacionales contra ellas, — liga de las naciones, tribunales internacionales y arbitrage, etc. — no son más que engañifas: lo que vale en realidad no es más que la potencia de un Estado que le permite hacerse respetar o cuya exigüidad le aconseja plegarse ante los más fuertes.

¿Dónde están las fuerzas intelectuales y morales de la humanidad? Su desarrollo proporcionado ha quedado terriblemente en retardo *más allá del mal*, del gran mal. Desde esa diferenciación inicial de los tiempos primitivos, cuando los más inteligentes, en lugar de difundir sus conocimientos, los monopolizaban, sirviéndose de ellos para explotar y dominar (origen de los sacerdotes y de los gobernantes, instrumentos abyectos de los hombres de fuerza bruta o de astucia antisocial), — desde entonces la educación es rehusada al pueblo esclavo que trabaja: hasta hoy no adquiere, por término medio, más que algunos fragmentos que, con raras excepciones, le hacen permanecer en la casta popular, casta mucho más que clase, gobernada desde arriba, por burócratas y políticos que le son impuestos por una dictadura antigua o moderna o que escoge ella misma, como democracia, tomándolos incluso de su propio seno, de entre obreros de otro tiempo que, tránsfugas en el estatismo, se adaptan a las mil maravillas al ejercicio de la tutela del pueblo que permanece *siempre* menor de edad.

Así es imposible al pueblo instruirse de veras y le es igualmente imposible hacer su voluntad en el dominio público; no hay diferencia esencial sería entre el sometimiento y la ignorancia primitivas y lo que existe hoy y es evidente que no son los gobernantes los que modificarán ese estado de cosas: están en su posición agradable y provechosa, *porque* el pueblo conserva siempre esa mentalidad secular de creerse incapaz de dirigir sus propios asuntos, de saberse en desventaja intelectual sobre lo que se pretende ser cuestiones difíciles (derecho, administración, etcétera), pero que el sentido común y la buena fé harían inmediatamente comprensibles para todos si se quisiese simplemente que lo fueran; por lo tanto, todo queda como en los antiguos tiempos, revestido naturalmente según la moda democrática del día.

Moralmente, es decir, en conducta, en actitud, en rectitud, nada cambió tampoco. Hay siempre hombres infinitamente buenos, otros infinitamente malvados, y todos los matices de ambos. Esas cualidades influyen sobre la carrera individual de cada uno, pero aparte de eso, nadie se ocupa de ellas: el valor moral no es un valor monetario. Está en interés de los gobiernos que sea así; no desean el progreso moral, como no desean el progreso intelectual, pues tanto uno como otro pondrían un fin a su dominación usurpada. El hombre ignorante, pecador, penitente, sumiso — es lo que el gobernante, explotador, orgulloso, trata de crear siempre y de perpetuar. Ha triunfado hasta aquí; el *man in the street*, el hombre de nivel intelectual a la altura de los grandes períodicos más difundidos, es la fina flor de esa creación de atrofiados de corazón y de cerebro, de la gran masa indiferente que constituye el baluarte del privilegio y de la reacción.

El equipo técnico magnífico está, pues, en manos de las fuerzas del mal, — de la explotación, de la dominación y de la perpetuación de la sumisión popular. Es una camarilla de las más antisociales la que tiene las manivelas de todo absolutamente, la que controla la producción, la que manipula las intrigas y ordena las guerras, la que condena los pueblos a odiarse y a asesinarse recíprocamente, la que rehusa una instrucción integral y la que se aplica a reducirlos al nivel de los indiferentes a quienes se conduce como se quiere.

De ahí esa masa de iniquidades que nos trae cada día y que, tan sólo algunas decenas de años antes, eran inimaginables; hoy se presiente que las iniquidades de este año serán ciertamente sobrepasadas por las del año próximo y así sucesivamente.

Es que en esta carrera hacia la ruina nos hemos puesto en marcha desde los tiempos primitivos, pero aunque las iniquidades y crueldades de todos los tiempos son horrorosas, había aún más espacio libre, los sufrimientos eran más individuales — hoy ha llegado la época de las colisiones, de los choques destructivos, las fuerzas desencadenadas hace siglos chocan en proporción creciente, la crisis se vuelve colectiva, es una matanza continua en la que las víctimas directas de las guerras, por numerosas que sean, son aún las menos numerosas.

Y todo eso en la época del socialismo generalmente difundido, de la organización obrera por millones y de un siglo de ideas generosas en socialismo libre hasta la anarquía. Esas son las únicas fuerzas colectivas que podrían oponerse a la crisis — ¿en qué grado lo hacen?

¡Ay! es preciso reconocer que también entre ellas ha sido inarmónico el desenvolvimiento, desproporcionado, que llega igualmente a una situación cada vez más desesperada. Socialismo quiere decir negación completa del acaparamiento de las riquezas del globo y de los instrumentos de trabajo, así como de toda la organización colectiva pública por los privilegiados y del trabajo y el disfrute de todos en común, libres, administrando por sí mismos sus propios asuntos. Implica, pues, para el socialista convencido, si quiere realizar su idea, la negativa a trabajar para el explotador y a obedecer a su órgano ejecutivo, el Estado. Esas dos maneras de obrar son las únicas que pueden poner un fin al antiguo sistema: *rehusamiento del concurso material por el trabajo y rehusamiento del concurso moral por la obediencia.* Su corolario inseparable es la acción libre y solidaria, el *trabajo libre* y la *vida individual y colectiva libre.* Si la propaganda y la acción socialistas desde hace un siglo se hubieran hecho sobre esa base, la posición del socialismo sería diversa a la hora que corre, pero se cedió a otros diversos impulsos, necesidad histórica probablemente, pero que condujo al atolladero presente.

Los obreros estaban en una situación tan terrible — las condiciones de los obreros chinos actuales nos recuerdan cuál fué la suerte de todos los obreros de las nuevas fábricas provistas de máquinas hace un siglo o siglo y medio — y se comprende que el esfuerzo inmediato se concentró sobre el salvamento físico de una ruina material y moral completa que amenazaba a los forzados de las fábricas que engresaban en ellas como niños de seis años con frecuencia y eran usados y consumidos por el maquinismo como rodaje sin valor que no cuesta nada reemplazar por otros hambrientos con toda la frecuencia que se quiera. Esa obra de pura defensiva absorbió al tradeunionismo, como absorbe al sindicalismo; ha agrupado millones de obreros, organizados según todos los matices que se le ocurrió aplicar, reuniéndose bastante libremente desde hace largo tiempo, conociéndose, conociendo su fuerza — y sin embargo se presenta a esas masas, para defenderse, la idea de la huelga, y es seguida hasta la vuelta al trabajo como vencedores o como vencidos, — pero nunca, excepción de Rusia en 1917 y de Italia en 1920, ejemplo memorable pero frustado por nuestros errores — la vista de la omnipotencia de los trabajadores para detener la producción a beneficio de los capitalistas sugiera la idea de no volver a la esclavitud; después de algún arreglo el trabajo es reanudado, la explotación continúa.

Lo mismo en política, todo el movimiento popular, aun en las formas revolucionarias, es defensivo: trata de garantizar al pueblo contra los abusos del poder, se esfuerza, — esfuerzo en vano — por hacerle disfrutar algunas migajas del poder, pero nunca niega, rechaza ese poder que el Estado se atribuye el derecho a imponerle.

El fin a que se llegaría por esos movimientos obreros contra las peores formas del capitalismo y del estatismo, sería, pues: la fábrica reformada, la esclavitud y la explotación económica mejorada, endulzada, y el Estado reformado, su mano de hierro enguantada, pero no menos fuerte — en una palabra será siempre el antiguo sistema, hecho más aceptable por algunas amenidades exteriores, pero fortalecido más al mismo tiempo, puesto que todo el mundo se somete a él, — se trabaja con ímpetu para un buen patrón y se ejerce con placer el poder político, la elección del diputado querido, del presidente favorito, del consejero municipal amado por todo el barrio, etc. y el capitalismo y el Estado se portan a maravilla y dirigen entre sí los asuntos de todos de la manera descripta antes.

El poder obrero que por un solo acto — como se corta una corriente eléctrica y se detiene un aparato mecánico inmenso — por la negativa a trabajar para el explotador y a obedecer las órdenes de los que se dicen Estado, podría poner un fin al sistema actual, — ese poder no es, pues, usado en ese sentido, y se consume en la defensiva contra un empeoramiento de su suerte y en tentaciones quiméricas para mejorar su destino dejando intacto el sistema explotador.

Sé bien que no se obra así por falta de buen sentido. La defensiva obrera contra el refuerzo de la opresión por el maquismo intensificado fué un asunto de vida o muerte para el mundo obrero y fué también el medio más rápido y más seguro para despertar las masas; lo mismo las luchas democráticas, relacionándose en el recuerdo con las revoluciones políticas, parecieron al principio un excelente medio para hacer de los obreros militantes, conscientes de su poder, dispuestos a una acción revolucionaria que no se limitaría a las cuestiones políticas. Esos dos métodos, pues, crearon los movimientos modernos de grandeza numérica desconocida en otros tiempos, pero desde hace mucho se habría debido dar uno cuenta de que eso no es todo y que sería preciso más bien dar a los movimientos una amplitud completa, una verdadera profundidad e intensidad, en lugar de extenderlos mecánicamente por diluciones y encogimientos constantes hasta hacer de ellos vastos organismos domesticados, adaptados, simples rodajes, en suma, del sistema capitalista, válvulas de seguridad sobre todo para absorber los rebeldes, atenuar los choques, evitar a los capitalistas con frecuencia sus más grandes torpezas; eran y son reguladores discretos de un sistema que dicen y a menudo creen combatir.

En una palabra, hace mucho que se ha dado la voz de alarma contra esas tendencias que han castrado completamente el socialismo; Bakunin y toda la Internacional antiautoritaria hicieron todo lo que pudieron para detener esas tendencias y hacer dar un paso adelante a los obreros de la Internacional, conscientes de sus derechos y prestos a la acción, pero capturados de nuevo y devueltos al campo mísero del parlamentarismo obrero y del tradeunionismo de pura defensiva. Eso ocurrió hace casi cuarenta años — nuevamente hace treinta años el sindicalismo revolucionario, inspirado por los anarquistas, hizo un esfuerzo semejante: fracasó otra vez; las masas agitadas se convirtieron en rebaño dócil de los malos pastores que salieron de sus propias filas. Una tercera vez, hace diez años, la revolución rusa, apenas brotada consintió en ser presa de los políticos estatistas que, habiendo sido despojado el capitalismo, estando en descomposición el Estado mismo, en lugar de dejar que se produjera una reconstrucción libre, recostruyeron el Estado e, inevitablemente, esos hombres que dicen: *el Estado somos nosotros*, el partido bolchevista — exactamente como Luis XIV dijo: *el Estado soy yo*, el rey, — esos hombres para completar su obra nefasta, restablecen el capitalismo, complemento del Estado, como lo fué en otro tiempo el feudalismo y todo sistema basado en el privilegio. Porque si un privilegio no se sostiene en pié por sí mismo, no piensa en desaparecer, se asocia pronto con otro privilegio que no está nunca lejos: por lo tanto, donde existe el privilegio económico, el Estado se encuentra pronto a su lado y donde, como en la Rusia bolcheviqui, el Estado existe, el capitalismo renace. Porque son tendencias profundamente antisociales, antihumanas que tratan de florecer sobre las ruinas de sus rivales, los otros Estados, los otros capitalistas; los odios, la guerra, es su elemento natural y la expansión, la conquista su objetivo.

Es inútil demostrar que allí donde el socialismo vuelto autoritario no tuvo la probabilidad de convertirse en Estado, como ocurrió en Rusia en circunstancias excepcionales, ese socialismo se redujo a la política parlamentaria, al sindicalismo oficial y moderado, en una palabra, la válvula de seguridad de que hablé.

Max Nettlau

(*Concluirá*)

El sexto congreso neo-malthusiano internacional

Si el más importante de todos los problemas que ocupó sin cesar hasta aquí, el problema de un bienestar general, no encontró entre las masas la difusión que merece, el problema de la limitación de la natalidad halló menos eco aún en el pueblo hasta ahora, no obstante su innegable importancia. De ello no sólo es culpable la pereza espiritual y la ignorancia de las masas, sino también las medidas sistemáticamente opresivas del Estado, la actitud hostil de la iglesia, del capitalismo, de los médicos y lo que es triste, pero verdadero — grandes fracciones de los partidos socialistas que temen una postergación de la realización del "futuro Estado socialista" a causa de la disminución de las familias proletarias.

Sin embargo ninguna idea progresiva se puede mantener a la larga en los cuadros de la ley y de la lógica partidista. Se abre poco a poco camino a pesar de todo los obstáculos. La limitación de la natalidad o su abolición completa en casos extremos no es ya una nueva idea. Era conocida antes de Malthus y antes del desenvolvimiento del moderno movimiento neo-malthusiano. Podemos afirmar con exactitud, que ya en la vieja Grecia las mujeres acomodadas e inteligentes conocían medios y los aplicaban para impedir una natalidad no deseada o para interrumpir el proceso de la concepción. La hetaira griega no era una hija del placer en el actual sentido, pertenecía más bien a las mujeres más ingeniosas de su tiempo y socialmente ocupaba una posición superior a la mujer casada pues no sólo era para el hombre una mujer, sino también una compañera. El hecho de que esas mujeres fueran sólo raramente madres y el que dieran a luz tan pocos hijos, es seguramente una prueba de que conocían los medios para la limitación de la natalidad.

Según constatación de conocidos investigadores, la limitación artificial de los nacimientos no era desconocida en la vieja India, y la literatura de aquel período contiene instrucciones e indicaciones de medios para prevenir la maternidad. Pero probablemente esos conocimientos estaban muy poco difundidos entre las masas a juzgar por la enorme reproducción de los pueblos hindús. No estamos, pues, ante una nueva idea, pero sí ante un nuevo comienzo. Y el que ese comienzo haya sido hecho de nuevo, es seguramente un buen síntoma. Es de lamentar sólo que ese movimiento haya encontrado hasta aquí en las mujeres proletarias tan poca acogida. La mujer proletaria tiene que considerar como un favor el socorro que se le presta a cambio de sus recursos tan duramente ganados. En la mayoría de los casos se le rehusa simplemente el socorro. Mientras el movimiento se reduzca a las mujeres instruídas y no abarque los círculos proletarios, no se puede esperar mejores resultados. Pero aquellas mujeres, sin un movimiento especial, sabían lo que les convenía.

Es por eso que hay que regocijarse del hecho que durante los últimos años el neo-malthusianismo tienda cada vez más a convertirse en un movimiento de masas, que habría interesado ya grandes fracciones del pueblo si los socialistas lo hubieran fomentado algo más.

El sexto congreso neo-malthusiano internacional, que sesionó en New York del 25 al 21, tuvo representantes de 20 países distintos, entre ellos también de China, de Japón y de la India. El congreso puede ser considerado como un éxito extraordinario. Hubo presentes muchos médicos que tomaron parte activa en los debates y que se pronunciaron a favor del movimiento en resoluciones especiales. Las declaraciones de simpatía que llegaron de todas las regiones del mundo fueron innumerables, entre ellas de conocidos fisiólogos, médicos, sociólogos, escritores y artistas. La mayoría de las cartas de simpatía procedían de Inglaterra, el país originario del neo-malthusianismo, cartas firmadas por hombres como H. G. Wells, Bernhard Shaw, Arnold Benett, Bertrand Russel y muchos otros.

El mayor éxito del congreso, según mi manera de ver, consistió en el hecho de poder sesionar precisamente en los Estados Unidos, el país en donde los primeros propulsores de ese movimiento, nuestros camaradas Moses Harman, su hija Lilian Harman, Emma Goldman y la convocadora del congreso pasado, Margaret Sanger, fueron tan perseguidos.

La propaganda que hizo la gran prensa mediante sus informes sobre los debates del congreso fué naturalmente mayor que el trabajo de agitación de tantos años del "Birth Control".

Merece especial mención la circunstancia de que en el congreso esta vez hubo representaciones de dos delegados de una fracción del partido obrero de Inglaterra y de Noruega. Un club femenino de mujeres de Noruega fué representado por Katti Anker Molier, y Dora Russel representó el reciente "Workers Birth Control Group", que se formó cuando el ministerio obrero para la higiene se negó a consentir una comisión especial para la instrucción general en los hospitales y en las clínicas.

El informe más interesante del congreso fué el presentado por Basanta Kooma Roy, de la India, que no sólo se refiere al dominio del neo-malthusianismo, sino que da un resumen de la situación político-económica y en especial de la situación de la mujer en aquel país. Sobre el movimiento neo-malthusiano no tiene mucho que decir, porque en la India recién ahora comienza. Pero en cambio recibimos una visión detallada de los diversos movimientos sociales y reformistas que se extienden por la India como una red y cuya eficiencia se advierte principalmente en las aspiraciones emancipadoras de la mujer de su opresión milenaria.

Como consecuencia de esa actividad incesante han desaparecido casi completamente los llamados matrimonios infantiles con sus terribles males, incluso en las capas ortodoxas de la población hindú. También está en vías de desaparecer la prohibición del nuevo casamiento de las viudas, en otro tiempo estrictamente observada. Lo que nos parece hoy una cosa natural, para la mujer hindú es todo un acontecimiento — más aún una revolución. Comprendemos lo que significarán esos cambios al saber que el 17 por ciento de la población hindú está formada por viudas y que hay 30.000 viudas que todavía no han llegado al quinto año de su vida.

La circunstancia de que en 1924 se pudieran volver a casar 1.600 viudas es un acontecimiento tan inaudito, que los europeos no podemos apreciarlo justamente.

Pero también el movimiento para la limitación de la natalidad es regocijante en un país en que las condiciones de vida de las grandes masas son mucho peores que en ningún país de Europa y que además es visitado con frecuencia por hambres y epidemias devastadoras. Piénsese sólo que la población hindú aumentó en cien años escasos de cien a trescientos millones, y se comprenderá la enorme significación de una propaganda en aquel país que tenga por fin la limitación sistemática de los nacimientos.

Por esa razón no se apreciará nunca bastante la actividad incansable de las corporaciones que se dedican a difundir conocimientos sobre ese dominio en el pueblo. La superpoblación es en la India un peligro directo que motiva las más serias preocupaciones.

Idénticas son las condiciones en China y en el Japón, que hasta ahora pertenecieron igualmente a los países a quienes "dios bendijo con extraordinaria fecundidad". Especialmente China, donde no son raros los nacimientos de dos, tres y hasta cuatro mellizos.

Mientras la mujer sea degradada de ese modo a la calidad de una máquina ordinaria de parir hijos, no hay que pensar en una emancipación espiritual. La limitación de la natalidad es el primer paso que hay que dar en ese terreno. Lo demás se nos dará por añadidura.

El presidente del congreso, Charles Drysdale, desenvolvió una filosofía completa del neo-malthusianismo y lamenta amargamente que un movimiento que tiene por fin la regeneración física y espiritual de la raza humana sea combatido tan acerbamente por el Estado, la Iglesia, los médicos y la socialdemocracia. El orador refuta la objeción de que una limitación de la familia proletaria apartaría más y más a los trabajadores de la necesidad de combatir la sociedad actual.

Si la mujer proletaria comprende la necesidad de no someterse más tiempo al ciego azar, y de dar a luz hijos sólo cuando siente el deseo de ellos y cuando es capaz de procurarles buenos cuidados físicos y espirituales, entonces comprenderá también que su carne y su sangre es demasiado buena para que sea oprimida por una camarilla de explotadores o empleada como carne de cañón en interés del capitalismo.

En combinación con el congreso se celebró también una conferencia de médicos que hizo resaltar la necesidad de la limitación de la natalidad y propuso una propaganda instructiva en ese sentido. Se hizo también la proposición de fundar con ese objeto hospitales y clínicas especiales, a fin de hacer conocer a las mujeres los medios preventivos de la maternidad y la manera de eludir enfermedades, etc., mediante una instrucción conveniente.

Ese cuadro merecería ser imitado en otros países. Es deber de aquellos que estuvieron en situación de apropiarse de una instrucción científica, porque millones de laboriosas manos proletarias les hicieron posible sus estudios, el hacer llegar esos conocimientos a los más pobres en un problema tan importante como ese.

MILLY WITKOP-ROCKER

En breve publicará esta Editorial "Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España", por Max Nettlau — Primer tomo de la BIBLIOTECA de LA PROTESTA.—

Ideas y comentarios íntimos

IV

REIVINDICACION DE LAS LUCHAS COTIDIANAS.—

Terminábamos el párrafo anterior con la conclusión siguiente: dadas las incompatibilidades de carácter, de temperamento y de ideas, la única solución a los conflictos inevitables está en la autonomía de los diversos grupos y tendencias, autonomía que no excluye la solidaridad con los buenos esfuerzos y las fecundas iniciativas. Y como es posible la existencia de unidades de ideas y de objetivos, pero disparidad de temperamentos y de caracteres, se puede pertenecer al mismo sindicato, a la misma tendencia revolucionaria, siempre que haya un amplio espacio de juego para cada individuo y no se imponga forzosamente la convivencia de los temperamentos que se repelen en un mismo círculo estrecho de acción en que el contacto personal es inevitable.

Queremos respetar nuestros sentimientos naturales de atracción y de repulsión y sería antianarquista pretender desconocerlos o violentarlos. Pero la lucha revolucionaria que ventilamos es de tal naturaleza que exije mucho más la afinidad de ideas que las afinidades personales y en todo caso, sin afinidades personales, unidos por el lazo moral de las ideas y aspiraciones comunes, se puede cooperar en una misma labor sin necesidad de partir de una base de íntima compenetración de espíritus y corazones.

Es tanta la urgencia de una acción libertaria en el mundo, que sería criminal subordinar a nuestros gustos personales la admisión de los combatientes. Si hay quién lo hace, eso no es una razón para intentar hacerlo nosotros. Opongamos a ese espíritu, incultivado por las ideas y sentimientos de la anarquía, que quisiera anular al adversario personal, aun convencido de que ese adversario es susceptible de una labor útil para la causa común, el espíritu de la autonomía y de la solidaridad con los buenos esfuerzos y las fecundas iniciativas.

Es nuestra opinión que la propaganda revolucionaria debiera expresarse mucho más en la vida real mediante nuestra acción y nuestra conducta personal y colectiva que mediante los recursos literarios. Y esa propaganda revolucionaria práctica tiene la ventaja de que puede ser hecha por todos, cualquiera que sea su nivel cultural. Una causa social, cuyos destinos descansan en una vasta colectividad, es una causa viviente y realizable. En cambio la propaganda será siempre algo hasta un cierto grado infecundo si la dejamos en manos de algunos pocos camaradas de la prensa o la tribuna. Sería regocijante comprobar en cada uno de nuestros camaradas una voluntad de propaganda y de acción dentro del radio de su influencia y de sus posibilidades. La costumbre que va arraigando sobre la propaganda como función exclusiva de nuestra prensa o de alguno que otro orador, es perniciosa y no redunda en beneficio de nuestra causa. Cada uno de los que abrazaron la anarquía como un ideal de justicia y de bienestar para todos debe ser un propagandista, e imponerse la obligación moral de serlo. Es natural, no nos referimos a la propaganda escrita o hablada, que exige algunas cualidades que se adquieren sólo tras una práctica más o menos larga; la propaganda hablada o escrita es una de las tantas manifestaciones, no la exclusiva.

Una forma de propaganda que, según nuestra opinión, es fundamental y sin la cual todo lo demás carecería de eficiencia persuasiva y de vida interior, es la acción práctica, es decir el movimiento de reivindicación insaciable de los explotados y oprimidos. Esa propaganda está al alcance de todos y sin embargo ya hace años que la hemos postergado y reducido a su mínima expresión. Hay que volver a ella, no sólo para poner en acción y estimular toda la potencia revolucionaria de nuestro movimiento y de las masas susceptibles de ser interesadas en nuestras revindicaciones de orden práctico, sino también a causa del malestar obrero internacional reinante después de la guerra mundial, a causa de las crisis incesantes de desocupación, a causa del costo de la vida y de las malas condiciones de trabajo que impiden todo cultivo intelectual de los trabajadores. Nosotros sostenemos que para integrar las fuerzas de la revolución conscientemente, no es el mejor aliciente una penuria extrema o la desesperación ciega del impulsado por el hambre a actos de rebeldía. Un cierto fundamento de bienestar material no está reñido con los ideales de la revolución que anhelamos; más bien es un requisito indispensable de la elevación de los espíritus hacia vastos horizontes de libertad y de felicidad, y una base que permite la tensión del esfuerzo en la lucha por un mundo mejor.

Se objetarán resabios de pretéritos aburguesamientos de camaradas aislados o de gremios enteros. No negamos ese peligro, pero afirmamos sin embargo que la miseria y las preocupaciones apremiantes por el pan cotidiano no son, ni mucho menos, condiciones favorables para el cultivo del espíritu y del sentimiento de la libertad. Además hay peligro de aburguesamiento individual o corporativo cuando las luchas por mejores condiciones de vida en el presente se realizan desde un punto de vista individual o corporativo. ¿Pero es que los anarquistas han propuesto alguna vez semejantes reivindicaciones por sí mismos o para un determinado gremio, olvidándose de la base social que debe tener todo su esfuerzo en la brega por el pan cotidiano?

—

La contraofensiva a que debemos dedicarnos si no queremos que nuestra pasividad contribuya a remachar las cadenas de la explotación y de la dominación para siglos y siglos, aura de esclavitud económica y política, no puede ser comenzada y llevada a buen fin más que en ese terreno de las reivindicaciones prácticas, susceptibles de crear un movimien-

to colectivo de resistencia a los avances de la reacción. ¿O es que pretendemos que nuestras protestas literarias o que el solo cultivo de nuestras ideas puras en el fondo de nuestro espíritu serán armas suficientemente poderosas para poner un término a los crímenes y a las arrogancias de la reacción triunfante? La reacción no es una simple manifestación de fuerza de algunas bandas asesinas sedientas de sangre y de botín, es un movimiento social, nutrido en gran parte por las masas trabajadoras. Hay que oponerle otro movimiento social más poderoso y más noble, más justiciero y más rico en perspectivas de bienestar para los trabajadores y de progreso para la humanidad.

Hemos tenido que constatar nuestra impotencia para resistir a los poderes de la reacción. Vemos aún cómo en lugar de avanzar retrocedemos y que no ha surgido ninguna iniciativa capaz de suscitar las magnas fuerzas de resistencia necesarias para dar otro giro a la orientación política y social del mundo. Nosotros hemos propuesto la conquista de la jornada de seis horas, no por las seis horas simplemente, aunque no es ninguna conquista superflua, sino por la posibilidad que hemos entrevisto de crear un movimiento de opinión poderoso y una nueva resurrección de las esperanzas y de los idealismos colectivos. Se dirá en algunos círculos libertarios que, más completa que la conquista de las seis horas, es la conquista de la libertad integral. No lo dudamos, pero tenemos la íntima seguridad de que marcharemos más directamente hacia esa libertad integral por la vía de movimientos reivindicadores de mejores condiciones materiales y morales de vida, que por la vía de la adoración búdhica de un sagrado ideal.

—

Sin una vasta iniciativa general como la que hemos propuesto nosotros o sin algo parecido susceptible de mover las fuerzas latentes de las grandes masas, todas las otras propagandas parciales, como la lucha contra el militarismo, tan arrogante y avasallador en esta hora trágica, serán estériles o caerán en el vacío y en el desierto de la indiferencia.

Además de las exigencias de la situación internacional del proletariado y de las fuerzas de la reacción, para nosotros existen otros motivos de agitaciones y de esfuerzos eficientes: la siembra de las ideas revolucionarias en un vasto territorio de muchos millones de kilómetros cuadrados y que constituye un aliciente de la avaricia y de las ansias dominadoras de nuestros adversarios. América puede convertirse fácilmente en una palanca de la revolución social o en un instrumento de la reacción. De nosotros depende en gran parte el que sea uno o lo otro.

Incluso en el terreno de la elaboración de ideas hay mucho que hacer, más de lo que dan de sí nuestras fuerzas y las fuerzas de nuestra generación. Y cada día que pasa en esta forzosa inactividad o que nos sorprende dando vueltas a la noria de los eternos conflictos internos, sentimos que se aleja más la revolución, o mejor dicho, que nos alejamos más de ella.

No es nuestra opinión que los conflictos internos ventilados en estos últimos años han sido estériles. Todavía están muy recientes los tonos agridulces de la polémica y de los choques de toda naturaleza para poder juzgar sus efectos sobre el porvenir del movimiento anarquista. Pero prevemos que han producido más bien que mal hasta aquí, y el tiempo sabrá revelarnos hasta qué grado fueron beneficiosos estos últimos años de disidencias y de agudas enemistades dentro de nuestras propias filas.

No nos arrepentimos de lo hecho. En algunos puntos hemos advertido la insuficiencia de los resultados obtenidos, pero no hemos confesado nuestro error o nuestra equivocación. Eso no impide que nos parezca haber llegado a un punto que no debiéramos traspasar sin exponer el movimiento anarquista a daños incalculables.

—

Nuestra labor de los últimos años no podrá ser borrada de las conciencias por un simple acto de voluntad. Sentimos íntimamente que la orientación marcada a la propaganda, a la acción revolucionaria y a la conducta moral de los militantes, no es un simple capricho de nuestro eventual catonismo, sino que refleja una justa reacción contra el amoralismo reinante y contra las desviaciones del anarquismo revolucionario histórico hacia los predios de la filosofía contemplativa. Si a partir de este momento dejamos a un lado el bisturí con que hemos revelado la maldad de unos y la tontería de otros y tomamos la vieja péñola del optimismo y de la lucha entusiasta y alegre, para llamar a todos los hombres de buena voluntad a un combate por el mejoramiento de la vida y por el ideal de una humanidad libre y dichosa, afluirán seguramente los voluntarios, y aun aquellos que al ser atacados directamente en sus malos aspectos se levantaron airados en contra nuestra, contribuirán al esfuerzo iniciado y serán mejores en la vasta fraternidad de ideas y de autonomía que determine la lucha activa.

Colguemos el bisturí de las operaciones extremas, extendamos una mano fraternal a los amigos y opongamos una tolerancia benévola para los adversarios. Sofoquemos el mal con el bien, rindamos la intransigencia del sectarismo con nuestra amplitud de espíritu y nuestra cordialidad, pero seamos conscientes de que nuestra actitud debe ser siempre digna, siempre noble, siempre ejemplar de amor y no de odio, siempre inspiradora de simpatía y no suscitadora de enemistades.

Que aquellos a quienes nuestras ideas no convencen, al menos se vean forzados a respetarnos; pero que el respeto nazca del amor y no del temor.

D. Abad de Santillán

SALON DE PRIMAVERA

LA CRITICA

Iniciemos por donde deberíamos terminar...

Nuestros *chers confrères* en el pesebre de la crítica, han disentido, en las opiniones expuestas en sus respectivos órganos — grandes, espesos y de tiro pesado — sobre la plus-valía o no del Salón de Primavera. En lo que han incidido maravillosamente es en su incomprensividad obtusa, y marcadamente en la desaprensión de un manfichismo desolador. Desde el momento que nos arriesgamos a lanzar afirmaciones tan rotundas y contundentes, hemos de fundarlas con válido argumento y fehacientes y precisos detalles extractados de esos inmensos potreros de lugares comunes que son sus desvaídas crónicas.

Comencemos, señores nuestros. Comencemos por "La Nación". Uno quizás de los peores es tal vez el anónimo *exégeta* que por esas páginas galopa. Alzándose en los estribos y lanzón en ristre, hubo de acometer contra la grey de sus fantasmas mentales, ya que no son otra cosa sino sombras las imbestidas para darnos un simulacro de combate. Expliquémonos. Este pacato señor, después de llevar una carga a fondo al Salón, considerándolo en rápida decadencia, tildándolo de irremediablemente malo, declarando que "decae año tras año, hasta verse desdeñado por el grupo más representativo de nuestros artistas", finaliza a lo largo de su cronicón, por derrochar elogios, distribuídos ciegamente a la mayoría de los expositores. Y lo lógico del caso, para su mediocridad enervante, es que lo de más valía, de más enjundia y de más novedad y frescura contenido en ese certámen, solo recibe su desdén o algún despectivo epíteto. Como sobre cuestiones de gustos fosilizados y manidos no vale la pena discutir, nos atendremos a este flagrante contrasentido que desvirtúa ese fingido ataque a esas fingidas sombras. Borra con los pies lo escrito con la mano. Citemos estos otros detalles, preanunciadores quizás de un agotamiento mental o producto de una superficialidad abrumadora.

De los lienzos de Marteau, el anónimo esteta de marras se expresa en los siguientes términos:

Posee Marteau una visión moderna del paisaje. Vé por zonas cromáticas, prescindiendo del detalle accesorio. Anota formas, indica aspectos, retiene rasgos típicos, y, observa en conjunto, hace que éstos y aquéllos se subordinen a la idea de totalidad, conforme lo exige toda obra equilibrada.

Dos líneas más abajo, ya muda de parecer y nos dice: "Así cuando nos ofrece el "mitin" sólo debemos ver en las manchitas dispersas y hormigueantes que indican personas, un complemento para animar el cuadro". Ahora bien: si Marteau ve "por zonas cromáticas, prescindiendo de los detalles accesorios", ¿cómo es que necesita un *complemento para animar su cuadro?* Seguido contrasentido. Constatemos también que para el exégeta, Basaldúa poseía "fantasías cromáticas", así como existe "la indecisión formal y cromática de Tessanderi", "los valores cromáticos" de Gigli, y arribaremos a la conclusión de que no existe pintor en ese conjunto aunque sucio y completamente negro de color, que sus lienzos no exhiban un cromatismo más o menos deslumbrante ¿Se desea mayor inepcia?

De Jorge Berestayn, dirá: "Es un pintor hábil, sin duda, pero dice poco, aún cuando hable con facilidad". Y de Bermúdez: "En este lienzo no es tan afirmativo ni tan hondo como otras veces; pero en su obra se advierte el acento de quien siempre que habla dice algo y lo dice con seriedad".

En la sección Arquitectura encontrará "doblemente encomiable" el acto de presencia de Martín Noel, y a los arquitectos Vautier y Presbich en su "Proyecto de grupo de casas de renta en Belgrano", les aplicará la misma flácida y tibia loa. Dice: "Bastaría este carácter de sobriedad para hacerle francamente encomiable".

Es así como la sola presencia de ese arquitecto arqueológico le parecerá encomiable, como también dará idéntico soso tratamiento a lo que se informe en las ideas más avanzadas en temas arquitectónicos. ¿Qué estímulo, qué aliento puede suponer toda esta parvedad de criterio bajamente nivelador?

Un último *detalle* asaz sugestivo. Es cuando discurre tontamente acerca de las obras de Luis Falcini. De primera intención, reconoce que "adopta en estas esculturas un modelado simple, reduciendo la figura a un ritmo esencial, con *prescindencia de todo detalle* que no concurra a la ordenación de ese ritmo"; pero en seguida exclama: *acaso subordine a ello demasiado los valores plásticos.* El caos que domina la mentalidad de este *exégeta* de reposteria, le hace destruir la máxima y primordial cálidad inherente a toda escultura arquitectural, confundiendo el modelado analítico con los valores plásticos. Una carta que tenemos a la vista, haciendo la misma constatación, lanza esta esclarecedora interjección: "¡Qué galimatías más enrevesado es este barbollado lenguaje!"

Baudelaire, hace una cincuentena de años descubría que la crítica oficializante había de recomendarle el dibujo a quienes sentían el color, y el color a quienes adoptaban el contenido lineal. El autor de "Flamma extinta", que aposta, opta por lo opuesto del modelado analítico para expresar con los valores plásticos la emoción de una idea arquitectónica, y ellos, los ignaros, los cegatones, se lo recomiendan calurosamente. Pero sobre este punto hemos de extendernos mucho más allá, en el otro número.

¿Cómo este buen señor, que padece de incurable sordera artística, podría ergotear con autoridad intelectual sobre los esfuerzos de los demás?

EL PRESO

¡Al muladar con estas momias, o al museo de arqueología y de prehistoria americana!

—

Seremos más benignos y sobre todo muy breves con los que quedan de la crítica gorda. El *catecúmeno* de "La Prensa" cree que "bueno o malo el Salón, realiza un función de provechosa cultura artística". Dudándolo, hemos de pasar de largo, para destacar esto de "Picasso vergonzante", al referirse al "Desnudo femenino" de Horacio Butler, y además cuando afirma estotro: "Más cerca de los expresionistas alemanes que de Picasso, Adolfo Travascio, que sin embargo vive y pinta en París, figura en el catálogo" y etc. Y sin embargo, en este mismo catálogo del Salón se registra el domicilio del autor de "El Mate". Es: calle 43, número 477, La Plata. También al pasar anotaremos que, al desechar a Butler con su pintura austera, alaba desmesuradamente a Pérez de Llanzó, pintora de tapas de bomboneras.

El otro catecúmeno de "La Razón" de las críticas a la vaselina, se cuadra en actitud agresiva contra los supuestos ataques al Salón de Primavera, y rueda naturalmente en el ridículo más descacharrante. Tras las acostumbradas adulaciones a Noel y a Cupertino del Campo, prodiga caricias a todos los concurrentes, pegando con goma una frase famida en cada envío. No le censuraremos. Este señor es, indudablemente, solamente un buen señor. ¡Al limbo con esos fantasmas opalescentes y licuados!

En puridad, si nos ceñimos a tarea tan ingrata de apuntar los yerros de quienes personalmente podemos respetar, y detestamos en función de críticos, es por lo pernicioso de su fementido ministerio en diarios de mucha difusión e indudable influencia en el vulgo.

Imprescindible era hablar. Estas palabras, si se encandecen, es por todo el fervor puesto en ellas. Quisimos, para descargo nuestro, proclamar lo que buenamente reputamos verdad. Sí, como dice Vasconcelos, la verdad duele, pero limpia. Si no limpia a los demás, por lo menos nos limpiará a nosotros y a nuestra conciencia.

Nos aplasta esta falta de responsabilidad en los críticos mejor situados para contraerse a una labor bienhechora de depuración y de esclarecimiento artístico. Nos revienta esta ausencia de dudas al enfrentarse a valores espirituales que podrán poseer cierta o determinada calidad o no, pero que existen y laten concordes al ritmo universal. Estamos hartos de comprobar esta carencia absoluta de curiosidad, de inapetencia por todo lo que es nuevo o se exorna con la más ínfima y novedosa partícula de algo desacostumbrado. Con creces pudimos demostrar esta suficiencia pomposa e ignara en ellos; y lo que es más, esta lamentable desaprensión, como si sólo tratara de arrojar chinarros al río: sin arrestos, sin entusiasmo ni bríos, en una deflagradora inconciencia que divaga y se despeña al azar, anegando ciertos nombres, haciendo flotar otros, porque sí. Lo mismito que la mayoría de los expositores, quienes parecieran pintar de encargo, por entregas y con taxímetro. Existe, pues, una secreta correlación entre la intrínseca tesitura de estas obras y esos largos y babélicos articulones, por los cuales desfilan con vertiginosidad cinematográfica una multitud de nombres, con el apéndice de un adjetivo gastado y archiviejo.

Pero recién nos venimos percatando que todo lo discurrido hasta ahora rezuma un candor infantil irremediable. Pedimos la galvanización de ciertos cadáveres que andan, escriben y, a veces, pintan... Pedimos imposibles, o tal vez frutos prematuros a un árbol que aun no ha sido plantado. Nada ha de ser más absurdo que esto.

Para la *crítica entronizada*, según el decir de un artista que ha hecho fortuna y ya no opina lo mismo, es suficiente.

En el Próximo número del SUPLEMENTO terminaremos este conato de crónica panorámica. — At.

Páginas íntimas

Carta a Heri Roorda van Eysinga

Seré muy feliz viendo a su compañero Paul Busset. Su palabra: "Lo que hay de mejor en el mundo es la bondad", me conmueve mucho. Seamos anarquistas por razonamiento, por voluntad, por carácter, pero seámoslo sobre todo por la bondad. Ser uno mismo para darse, he ahí el ideal.

Gracias por su carta. Soy muy feliz al conversar con Vd. y si respondo brevemente, siento con intensidad lo que digo.

Si el corazón lo manda, escriba, pero no escriba más que de la superabundancia del corazón. Ni una palabra que sea literaria por serlo, que cada una de sus palabras sea de una sinceridad perfecta. Además, si puedo aventurar un consejo, no queme sus barcos desde el punto de vista del ganapán. Si tiene manera de vivir como profesor, permanezca profesor y no se haga "literato". No digo eso por pusilanimidad, lo digo colocándome en el punto de vista de la libertad, de la pureza de su pensamiento: al fin debe trabajar como el carpintero con su cepillo; le es preciso trabajar, trabajar con su instrumento, aun cuando no tenga el corazón en la obra; cesa de ser sincero.

Sí, escriba para nuestros periódicos y nuestros folletos anarquistas. Podrá sernos muy útil. ¡Ah, si un día pudiese darnos Vd, un drama, cuando conozca la vida, no solamente por fuera, sino por dentro!

En cuanto a la novela, hágala cuando haya sentido y vivido; de antemano sé que será buena.

Suyo de corazón. Le ruego que me recomiende al buen recuerdo de los suyos.

ELISEO RECLUS

A Richard Heath

Bourg-la-Reine, alrededores de París, 9, rue du Chemin de Fer, 25 de diciembre de 1923.

Mi querido amigo:

... ...

En cuanto a la cuestión discutida entre nosotros, no tengo más que decir, y nuestros argumentos no se chocan como lanzas sobre el escudo. Me limitaré a decir que todo hombre bueno, invadido por el amor, debe poner su fuerza física al servicio de la bondad, que la defensa personal y que la defensa colectiva son legítimas y que la teoría de la "resignación" me parece antihumana;

Que, personalmente, cualesquiera que sean mis juicios sobre tal o cual acto y sobre tal o cual individuo, no mezclaré nunca mi voz a los gritos de odio de hombres que ponen ejércitos, policía, magistratura, sacerdotes y leyes a disposición del mantenimiento de sus privilegios;

Que a pesar de los horrores de la guerra social, me declaro por los anabaptistas, los jacques, los vencidos y los oprimidos de todo nombre, de toda nación, de todo tiempo;

Que, tranquilo en medio de la agitación del siglo, me propongo continuar mi estudio de la verdad, mi investigación de la justicia y mi propaganda serena de la solidaridad humana.

Le abrazo muy cordialmente.

ELISEO RECLUS

A N. Joukowsky, en Ginebra

Bruselas, 4-III-94, 38 rue de la Croix, Ixelles.

Mi excelente amigo, a quien encontré siempre a mi lado en los momentos difíciles, te encuentro aún, y te aseguro que durante estos últimos meses he tenido mi pequeña parte de miserias y, por consiguiente, la dicha de poder luchar, seguro de ser un campeón de la buena causa. Si tú hubieses estado allí, me habrías ayudado, o más bien, tú estabas allí y me ayudaste: yo sabía que era sostenido por el corazón, el impulso simpático de todos los camaradas, y eso me regocijaba, me renovaba sin cesar.

La gran dificultad provenía de que era preciso al mismo tiempo hacer frente a los dos asuntos, el de París y el de Bruselas, hacer frente por dos partes y con la misma energía. En París esperaba cada día el arresto, y sé por gentes de "arriba", en situación de conocer el fin del fin, que el arresto era inminente. Era una cuestión de días, pero el proceso de Grave y la defensa de Saint Auban esclarecieron definitivamente la situación para mí y pude de nuevo circular por París, libre como un pájaro en una jaula. Pero sé que quedan cazadores al acecho y ponedores de trampas.

En Bruselas me era preciso al mismo tiempo luchar contra el consejo de administración de la Universidad, con armas corteses o descorteses, según la ocasión, y mantener mi dignidad de geógrafo, aunque anarquista, y de anarquista, aunque geógrafo. Además era preciso preparar mis cursos, estimular a mis amigos a la acción, atenerme inquebrantablemente a la fecha del 2 de marzo que había sido fijada frente o a pesar de la Universidad.

Después intervino la enfermedad. He pasado todo el día 2 de marzo en cama, iritando de fiebre. Mi mujer y el médico dudaban de que pudiese levantarme. Pero "era preciso" y eso me ha curado. Me levanté a las siete y, a las ocho, me hice aplastar a la puerta de la sala. Sin embargo, no estuve completamente achatado, y quedó un pequeño trozo de mí para hablar en nombre de todo lo que sentía ser nuestra causa, aunque no tuviese que hablar más que de "geografía", pero todo está en todo para quien pone en ello el alma... (El fin falta).

ELISEO RECLUS

AGUJA

¡Te amo y elogio, el más fino y plateado
rayo de luna solidificado

—

¿Cómo no voy a elogiarte y querer?
¡Rayo de luna que dás de comer!

Alvaro Yunque

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA
TURGUENEF

TURGUENEF: Los caracteres principales de su arte. — "Memorias de un cazador". — Pesimismo de sus primeras novelas. — Su serie de novelas representando los tipos más característicos de la sociedad rusa. — Rudín — Lavrezki — Elena e Insarof — Bazarof. Por qué "Padres e hijos" no fué comprendida. — "Hamlet y Don Quijote — Tierra Vírgen": El acercamiento al pueblo. Poemitas en prosa

Puskin, Lermontof y Gogol fueron los verdaderos creadores de la literatura rusa; aunque en la Europa Occidental se tengan muy pocas noticias de ellos.

Solamente Turguenef y Tolstoy — los dos más grandes novelistas de Rusia, sino del siglo en general — y, en cierto modo Dostoyewsky, fueron los que salvaron los obstáculos del idioma, causa del desconocimiento de los escritores rusos por los lectores occidentales. Familiarizaron la literatura rusa fuera de Rusia. Ejercieron y todavía ejercen su parte de influencia sobre el pensamiento y el arte de la Europa Occidental; y gracias a ellos podemos estar seguros que en lo porvenir las mejores creaciones del espíritu ruso formarán una parte de la riqueza espiritual de la humanidad civilizada.

Por la construcción artística, perfección y belleza de sus cuentos, Turguenef fué, sin duda alguna, el más grande novelista de su siglo. Sin embargo, la característica principal de su genio poético, no se limita solamente a este sentimiento de la belleza, que poseía en grado supremo, sino también en el contenido altamente intelectual de sus creaciones. Sus cuentos no son simples historias que tratan al acaso éste o aquél tipo de hombre, tal o cual corriente de la vida, o determinado acontecimiento caído bajo la observación del autor. Están, por el contrario, ligados íntimamente entre sí y ofrecen una serie de tipos intelectuales, representativos de Rusia, que han impreso su sello a cada subsiguiente generación. Los cuentos de Turguenef el primero de los cuales apareció en 1854, se extienden en un período de más de treinta años, y fué justamente durante estas tres decenas de años que la sociedad rusa atravesó una de las profundas y rápidas transformaciones como jamás ha sido observada en la historia de Europa. Los tipos representativos de las clases cultas sufrieron consecutivamente una serie de transformaciones, posibles de realizarse solamente en una sociedad que se despierta repentinamente de un largo sueño, se libera de una institución que hasta entonces había monopolizado toda su existencia (me refiero a la gleba) y empieza una nueva vida. Y esta sucesión de "factores de la historia" fué representada por Turguenef, con una profundidad de concepción, una plenitud de comprensión filosófica y humanitaria y tal penetración artística que resulta casi una profecía, como no se encuentra en ninguno de los escritores modernos, con la misma extensión y la misma feliz combinación.

No es que él quisiese seguir un plan preestablecido: "todas estas discusiones sobre la "tendencia" y lo "inconsciente" en el arte — escribe — no son otra cosa que una retórica sin valor... Solamente los que no podrán hacer nada mejor se someterán a un preconcepto, porque un escritor dotado de verdadero talento, es la expresión condensada de la vida misma y no puede escribir ni una panegírico ni un libelo: serán dos cosas indignas de él". Pero no bien un nuevo tipo característico de hombre o mujer aparecía en las clases altas de Rusia, se posesionaba inmediatamente de Turguenef, obsesionándole hasta tanto no lograra representarlo en su manera más justa de comprenderlo, en una obra de arte — del mismo modo que Murillo, el cual fué *perseguido* años enteros por la imagen de una Virgen extasiada por el más puro amor; si bien finalmente no consiguió trasladar a la tela la concepción íntegra.

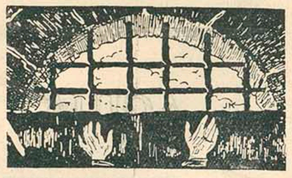
Si algún problema humano se enseñoreaba, de igual manera, de la mente de Turguenef, no podía evidentemente discutirlo en los términos de la lógica — esto hubiese correspondido a un escritor político: concebía el problema bajo la forma de imágenes y de escenas. Aún en las conversaciones, si quería daros una idea de un problema que ocupaba su espíritu, lo hacía describiendo tan vivamente la escena que os la imprimía para siempre en la memoria. Esto constituye también un carácter notable de sus escritos. Sus cuentos son una sucesión de escenas — algunas de ellas de la la más exquisita belleza — cada una de las cuales le servía para caracterizar un héroe. Todos sus cuentos son, por lo tanto, breves, y no tienen necesidad de complicaciones para mantener despierta la atención del lector. Ciertamente que los que se han estragado el gusto con la lectura de novelas truculentas, se desilusionarán por la completa ausencia de episodios sensacionales; pero el lector medianamente comprensivo, inteligente, vé desde las primeras páginas que tiene ante sí hombres y mujeres *reales* e interesantes, cuyo corazón late realmente en sus pechos, y no podrá abandonar el libro hasta no haberlo leído íntegramente y aquilatado los caracteres en toda su plenitud. La simplicidad de los medios para alcanzar fines ocultos y lejanos — este carácter principal del grande y verdadero arte — se nota en cualquiera de las página escritas por Turguenef.

George Brandés, en su admirable estudio sobre Turguenef (en *Moderne Geister*), el mejor el más profundo y poético de cuantos se hayan escrito sobre el gran novelista, hace la siguiente observación:

"No es fácil decir definitivamente qué es lo que hace de Turguenef un artista de primer orden... Aunque posea en grado sumo la capacidad distintiva de un verdadero poeta, esto es: de crear seres humanos vivos — esto no nos dice a la postre, todo. Lo que hace sentir al lector su superioridad artística es la concordancia que se experimenta entre el interés que el poeta demuestra por las figuras descriptas o el juicio del poeta mismo sobre estas figuras y la impresión que de ellas recibe el lector; porque es en este punto — es decir en las relaciones del artista con sus propias creaciones — que debe mostrarse necesariamente alguna debilidad, ya del hombre como del artista".

El lector reacciona siempre ante tales defectos y los conserva en la memoria, a pesar de todos los esfuerzos del autor por disipar esta impresión.

"¿Cuál es el lector de Balzac, de Dickens o de Auerbach — por hablar sólo de los grandes muertos — que no conoce este sentimiento?" — continúa Brandés. "Si Balzac se abandona a la excitación ardiente o si Dickens se muestra infantilmente conmovedor, o Auerbach intencionadamente ingenuo, el lector se siente recusado por lo falso y desagradable de estas manifestaciones. Jamás encontramos nada de artísticamente repulsivo en Turguenef. Ya se trate de un cuento corto, ya de uno largo, la proporción está siempre magistralmente equilibrada en cada una de las partes y ni siquiera un episodio, aunque sea simplemente de carácter "etnográfico", viene a gastar o debilitar el desarrollo del drama humano interior; ni un rasgo y naturalmente tampoco una sola escena puede ser omitida sin destruir la impresión del todo; y el acuerdo final, que sella la impresión general, a menudo conmovedora, está



siempre elaborado con singular acierto (1).

Y luego la belleza de las pirncipales escenas. Cada una de ellas podría formar el motivo de un cuadro verdaderamente artístico y elocuente. Si se toma por ejemplo la escena final de Elena e Insarof en Venecia: su visita a la galería de los cuadros, la cual hizo exclamar al guardián cuando los vió: *¡Pobrecitos!* o sino la escena en el teatro en el que respondiendo a la tos imitada de la actriz (que representa Violeta en *Traviata*) resuena la profunda y verdadera tos de Insarof moribundo. La actriz misma, con su pobre vestido y sus espaldas magras que conquista al público con el calor y la pureza de su sentimiento y provoca una tempestad de entusiasmos con su grito de apagada alegría a la vuelta de Alfredo; o también el tenebroso lugar donde se ven hundirse las gaviotas de la luz rosada en la noche negra y profunda, cada una de estas escenas es comparable, en cuanto a evidencia, a un cuadro. En su conferencia *Hamlet* y *Don Quijote*, en donde dice que Shakespeare y Cervantes eran contemporáneos y recuerda que la novela de Cervantes había sido traducida al inglés en los últimos años de vida de Shakespeare, de manera que éste pudo leerlo, Turguenef exclama: "¡Qué cuadro digno del pincel de un pintor de pensamiento profundo: Shakespeare leyendo *Don Quijote!*" Parecería que en estas líneas hubiese descubierto el secreto de la belleza maravillosa — la belleza pictórica — de un gran número de escenas suyas. El se las representa, no sólo con la música del sentimiento, que habla en él, sino también como cuadros llenos del más profundo significado psicológico, como cuadros en los cuales aun el fondo — la selva rusa de abedules o la ciudad alemana sobre el Rin o el puerto de Venecia — armonizan siempre con el sentimiento.

Turguenef conocía profundamente el corazón humano, especialmente el corazón de una muchacha de pensamientos honestos y serios, en la edad en que se despiertan sus sentimientos y sus ideas y este despertar, sin que ella lo note, adquiere la forma del amor.

En la descripción de este momento de la vida, Turguenef no tiene rivales. En el conjunto, el amor es el *leit-motiv* de todos sus cuentos; y el momento de su pleno desarrollo es aquel en que su héroe — sea un agitador político, sea un modesto propietario — se muestra en todas sus luces. El gran poeta sabía que un tipo humano no puede ser caracterizado en su ocupación principal — por más importante que ésta sea —, y menos con una hilera de palabras. Por consiguiente, cuando por ejemplo, traza el cuadro de un agitador en *Demetrio Rudin*, no reproduce los discursos fogosos — por la simple razón que las palabras del agitador no lo hubiesen caracterizado.

Muchos antes que él han desarrollado los mismos discursos de libertad y de igualdad y muchos los desarrollarán después.

Pero este tipo especial de apóstol de la igualdad y de la libertad—"el hombre de la palabra y no de la acción" — que encarnaba Rudin — está caracterizado en sus relaciones con diversas personas y especialmente en su amor. En su amor, porque es en este sentimiento que el ser humano aparece en su totalidad y con todos sus caracteres individuales. Millares de hombres han tomado parte en la "Propaganda por medio de la palabra" todos con idéntica expresión; pero cada uno de éstos ha andado de manera distinta. Mazzini y Lassalle hicieron igual obra, pero ¡qué diferentes en su amor! No podéis conocer a Lasalle si no conoceis sus relaciones con la Condesa de Hatzfeld.

Pareciéndose Turguenef en esto a todos los grandes escritores, reunía la cualidad de un pesimista y un amigo de la humanidad.

"Por el espíritu de Turguenef atraviesa un largo y profundo soplo de melancolía — dice Brandés — y por lo tanto, todas sus obras están impregnadas de la misma melancolía. Aunque sus descriciones son objetivas e impersonales, y si bien no introduce casi nunca el lirismo en sus cuentos, producen sin embargo, en conjunto, una impresión lírica. Ha volcado mucho en ellos de su propia personalidad y este elemento personal es siempre melancólico, una melancolía especial sin sombra de sentimentalismo. Jamás se abandona completamente a sus sentimientos, obra con reserva, pero, no obstante esto, ningún novelista occidental es tan melancólico como él. Los grandes melancólicos de la raza latina, como Leopardi y Flaubert, dejan aparecer en sus estilos líneas duras y rectas; la melancolía germana posee un humor cáustico o sino es patética o sentimental; pero la melancolía de Turguenef es en su substancia, la misma de la raza eslava en su debilidad y en su aspecto trágico, desciende directamente de la melancolía de los cantos eslavos... Si Gogol es melancólico lo es por desesperación. Si Dostoievsky expresa el mismo sentimiento es porque su corazón rebosa de simpatía por los oprimidos y especialmente por los grandes pecadores. La melancolía de Tolstoy se basa en el fatalismo religioso. Turguenef es solamente un filósofo... Ama al hombre, aunque no piense muy bien de él y no le tenga mucha fé."

Toda la fuerza del talento de Turguenef aparece ya en las primeras producciones — esto es, en la serie de breves bocetos de la vida de la aldea — a los que, para evitar los rigores de la censura, se les dió el título engañador de *Memorias de un cazador*. No obstante la simpleza de su contenido y la ausencia total de elemento satírico, estos bocetos dieron un golpe decisivo a la gleba. Turguenef no describe en ellos crueldades de la gleba que pudiesen ser consideradas como excepción a la regla general, ni idealiza al campesino rico, pero, ofreciendo retratos de seres sensibles, pensadores y amantes, inclinados bajo el yugo de la esclavitud, al lado de cuadros vivos de la voracidad y la bajeza de los propietarios de siervos — aun de los mejores de entre ellos — despierta en las conciencias el sentimiento de la injusticia del sistema.

La influencia social de estos bocetos fué verdaderamente profunda. En lo que respecta a su calidad artística baste decir que en estos breves esbozos, en pocas páginas, se encuentran pinturas vivas de una gran variedad de caracteres conjuntamente con los más bellos cuadros de la naturaleza. Desprecio, admiración, simpatía o profunda melancolía experimenta el lector, a voluntad del autor, y en tal forma y con escenas tan movidas que cada uno de estos breves esbozos vale una buena novela.

En la serie de cuentos cortos, *Un lugar tranquilo, Epistolario, Jakof Pasiukof, Fausto* y *Asia*, todos fechados en 1854 y 1855, el genio de Turguenef se reveló plenamente: su manera, su yo interior, sus fuerzas. Una profunda melancolía invade estos cuentos. Una especie de desesperación por el ruso culto, que, aun en su amor, se muestra incapaz de un fuerte sentimiento, que lo excite a derribar todos los obstáculos y obra siempre — aun cuando las circunstancias le son favorables — de tal manera que arroja en la triteza y en la desesperación a la mujer que ama. Los renglones siguientes, tomados del *Epistolario*, caracterizan de modo elocuente la idea matriz de tres de estos cuentos: *Un lugar tranquilo, Epistolario* y *Asia*. Es una muchacha de 26 años que escribe a un amigo de la infancia:

"Repito una vez más que no hablo de una joven a la que le resulte pesado y fastidioso pensar... Ella mira a su alrededor, espera ver a aquel a quien ofrece melancólicamente su alma... Finalmente él aparece: la cautiva; en sus manos se vuelve blanda cera. Todo — la felicidad, el amor y el pensamiento — todo está en él, irrumpe de una sola vez; todas sus inquietudes se calman, todas sus dudas están resueltas por él; por sus labios parece que hablara la verdad misma; ella lo adora, se avergüenza de su felicidad, aprende, ama. El poder que ejerce sobre ella es muy grande en este momento!... Si fuese un héroe le comunicaría su fuego, le enseñaría a sacrificarse, y cualquier sacrificio le parecería liviano! Pero en nuestros tiempos no existen héroes ... Sin embargo la conduce a su antojo; se interesa de lo que a él le preocupa; cada una de sus palabras le penetra en el alma; no comprende todavía cuán miserablemente vacía y engañadora puede ser la palabra; qué poco cuesta al que la emplea y qué poca fé merece. Después de los primeros momentos de felicidad y esperanza, sigue, a menudo — merced a las circunstancias (éstas siempre tienen la culpa) — sigue la separación. Se dice que existieron ejemplos de dos almas afines que, conociéndose mutuamente, se unieron inseparablemente; pero he observado que a pesar de todo, no siempre fueron felices... Mas no quiero hablar de lo que yo misma no he visto; pero que el cálculo más mezquino y la más miserable prudencia puedan vivir en un corazón joven, hermanados al entusiasmo más apasionado, esto, desgraciadamente, lo he tomado de la existencia. De esta manera, sobreviene la separación... Feliz la mujer que recapacita a tiempo sobre el fin de las cosas, que no se duerme en la esperanza. Pero vosotros, hombres valerosos y justos, en la mayoría de los casos no teneis el valor ni el deseo de decirles la verdad... os resulta más fácil engañarlas... Por lo demás, estoy pronta a creer que os engañais vosotros mismos, a la par que a nosotras"...

Un gran desaliento en la capacidad del hombre culto de Rusia impregna todos los cuentos de este período. Los pocos que parecen formar una excepción — es decir los que poseen energía o la estimulan por breve tiempo — generalmente terminan sus vidas en las salas de billares de los cafés, o destruyen de cualquier otra manera su existencia. Los años 1854 y 1855, en que fueron escritos estos cuentos, explican suficientemente el pesimismo de Turguenef. Fueron tal vez los años más obscuros de aquel nebuloso período de la historia rusa. El gobierno de Nicolás I — y aun el de la Europa Occidental, el que siguió inmediatamente al *coup d'état* de Napoleón III fué un período de reacción general después de las frustradas esperanzas de 1848.

Turguenef, que había estado allí en 1852 para ser enviado a Siberia por haber publicado en Moscú, pese a la prohibición de la censura de Petersburgo, su inocente artículo necrológico sobre Gogol, se veía ahora constreñido a vivir de sus fondos y estaba rodeado de la servil sumisión de todos los que en un tiempo habían exteriorizado signos de rebeldía. Viendo en todas partes el triunfo de los propugnadores de la gleba y del despotismo, fácilmente podía abandonarse a la desesperación. Empero, la melancolía que reflejan los cuentos de este período no fué un grito de desesperación ni tampoco una sátira; fué el fragmento de un alma amorosa, y esto constituye su mayor encanto. Desde el punto de vista artístico, *Asia* y *Epistolario* son, tal vez, las cosas mejores que debemos a Turguenef.

Para juzgar la importancia de la obra de Turguenef es menester leer en este orden, como él mismo lo deseaba, sus trabajos: *Demetrio Rudin, Nido de Hidalgos, La vigilia, Padres e Hijos, Humo* y *Tierra Virgen*. En ellos se revela toda su fuerza poética y al mismo tiempo se da una ojeada a los diferentes aspectos que la vida intelectual tomó en Rusia en los años 1848 al 1876 y se comprende la actitud del escritor frente a los mejores representantes del pensamiento avanzado en Rusia durante este interesantísimo período de su desarrollo. En algunos de sus cuentos precedentes, Turguenef había hablado ya de *Hamletismo* en la vida rusa. En *Un Hamlet del distrito de Scigrovsk* y en su *Diario de un hombre superfluo* había ya esbozado admirablemente esta especie de hombre. Pero fué en *Rudin* (1855) que logró dar la primera representación artística de este tipo que había crecido en el suelo de Rusia con especial profusión en una época en que nuestros mejores hombres estaban condenados a la inactividad y a las palabras. Turguenef no escatimó estos personajes, los representó en sus mejores como en sus peores rasgos y además los trató siempre con cierta ternura. Amaba a Rudin, con todos sus defectos, y en este amor concordaba con los hombres más notables de su generación y aun de la nuestra.

(1) *Una sola excepción es la escena de los dos viejos en* Tierra Virgen, *no es natural y está fuera de lugar. El haberla introducido fué simplemente un "capricho literario".*

Rudin era un hombre de 40 años, nutrido de filosofía hegeliana, y se había desarrollado bajo las condiciones que imperaban en el tiempo de Nicolás I, cuando no existía posibilidad alguna, para un hombre pensador, de aplicar sus energías, a menos que no quisiese hacerse funcionario obediente de un Etsado autocrático de esclavos. La escena se desarrolla en una posesión de la Rusia central perteneciente a una señora que se interesa superficialmente por todas las novedades, lee los libros prohibidos por la censura, así como la "Democracy in America" de Tocqueville y tiene siempre a su alrededor, ya en sus salones de la capital como en las posesiones del campo, hombres eminentes.

Es en su salón que Rudin hace su primera aparición. En pocos momentos deviene el amo de la conversación y con sus observaciones inteligentes y oportunas se capta la admiración de la patrona de casa y las simpatías de la joven generación. Esta última está representada por la hija de la patrona y por un joven estudiante que es el maestro del hijo de la misma. Ambos están poseídos enteramente por Rudin. Cuando en el transcurso de la velada, habla de sus años de estudiante y toca puntos como la libertad, el pensamiento libre, las luchas liberales de la Europa Occidental, sus palabras salen tan llenas de fuego, de poesía y de entusiasmo que los dos jóvenes lo escuchan con un sentimiento rayano en la adoración. El resultado es evidente: Natacha, la hija de la patrona, se enamora de Rudin. Este es mucho más viejo que Natacha — hilos de plata se entremezclan ya en sus hermosos cabellos, y habla del amor como cosa perteneciente al pasado. "Mirad esta encina — dice, — las hojas del último otoño la cubren todavía y no caerán hasta tanto no hayan brotado las nuevas". Natacha interpreta estas palabras en el sentido de que el viejo amor de Rudin puede desaparecer solamente si uno nuevo tomase su lugar, y le da su amor. Rompiendo todas las tradiciones de la severa y correcta casa de su madre, ella da cita a Rudin para las primeras horas de la mañana en las riberas de un lejano estanque. Está pronta a seguirlo, a cualquier parte y en cualquier forma, incondicionalmente; pero él, que ama más con el cerebro que con el corazón, no habla de otra cosa que de la imposibilidad de obtener el permiso de la madre, para esta unión. Natacha apenas oye sus palabras. Lo seguirá con o sin el permiso de su madre, y pregunta: "¿qué hacer, pues?"

"Someterse" — replica Rudin.

El héroe que sabía hablar tan bien de la lucha contra todos los posibles obstáculos, es derrotado por el primero que se le cruza en el camino. Palabras, palabras y no acción, esta era en realidad la característica de aquellos hombres, que en el 40 componían el mejor elemento intelectual de la sociedad rusa.

Más tarde encontramos a Rudin una vez más. No ha encontrado siquiera una actividad en que emplearse ni tampoco se ha amoldado a las condiciones de vida de su tiempo. Sigue pobre, desterrado por el gobierno de una ciudad a otra, hasta que se va al extranjero, y en la insurrección de junio de 1848 cae sobre una barricada en París. El cuento tiene un epílogo tan hermoso que es necesario reproducir aquí algunos fragmentos. Es Lejnef, un enemigo de Rudin, quien habla:

"Yo lo conozco bien — continuó Lejnef — todos sus defectos me han chocado. Producen tanta más impresión cuanto que él no es un hombre insignificante.

—Rudin es un carácter genial — interrumpió Bassitof

—Tal vez tenga genialidad — respondió Lejnef — pero carácter... he aquí su desgracia: que no hay fuerza de carácter en él... Pero no se trata de esto. Quiero hablar de lo que de bueno y raro hay en él. Posee entusiasmo, y creedme a mí que soy un hombre flemático, es la más preciosa cualidad de nuestro tiempo. Nos hemos hecho todos insoportablemente sabios, indiferentes e indolentes; estamos aletargados y fríos, y es menester agradecer a los que nos despiertan y nos animan. ¡Ya era tiempo! ¿recuerdas, Sacha, que una vez hablando él contigo, criticaba, ni más ni menos, su frialdad? Tenía y no tenía razón entonces. La frialdad está en su sangre, — no es culpa suya, — y no en su cabeza. No es un actor, como lo llamaba yo, ni un engañador, ni un bribón; vive a expensas de los otros, pero no como un embrollón, sino como un muchacho... Sí, indudablemente, morirá de cualquier manera, en la pobreza o en la miseria. ¿pero por esto es menester arrojarle la primera piedra? El mismo no hace nada, y precisamente porque no tiene carácter, no tiene sangre, pero ¿quién tiene el derecho de decir que no ha sido, no sea útil, que sus palabras no hayan arrojado infinidad de buenas semillas en las almas jóvenes, a las que la naturaleza no ha negado, como a él, la fuerza de la acción y de llevar a la práctica lo que han pensado? Sí, yo también, yo el primero, todo lo que poseo se lo debo a él... Sacha sabe qué fué para mí Rudin en mi juventud. Recuerdo que las palabras de Rudin, hasta esto había observado, que las palabras de Rudin no pueden obrar sobre los hombres; pero me refería entonecs a los hombres parecidos a mí, de mi misma edad, de hombres que han vivido y han sido aplastados por la vida. Una sola nota falsa en el discurso — y toda la armonía está perdida para nosotros; pero en el joven, afortunadamente, el oído no está aún tan refinado, tan amaestrado. ¡Si el núcleo de lo que oye le parece hermoso, qué le importa la expresión, el estilo! Esto lo encuentra en sí mismo.

—Bravo, bravo! — exclamó Bassistof: —qué bien dicho está eso. Y por lo que respecta a la influencia de Rudin, os juro que este hombre no solamente sabía despertarte, sino que te elevaba, no te dejaba firme ni un solo momento, sabía comunicarte su enardecimiento!"

Sin embargo, con hombres como Rudin, cualquier progreso ulterior hubiese sido imposible en Rusia. Eran necesarios hombres nuevos. Y así ocurrió: los encontramos en la siguiente novela de Turguenef; pero con cuántas dificultades tropiezan, cuántos sufrimientos deben soportar! Lo vemos en Lavrezky y Lisa (*Nido de Hidalgos*) que pertenecen al período intermedio. A Lavrezky no le satisfacía llevar la misma vida de Rudin, como un apóstol errante; buscaba una actividad práctica sin lograr, empero, encontrar su camino a través de las corrientes de la vida. Tuvo el mismo desarrollo artístico y filosófico que Rudin; poseía también la voluntad necesaria, pero sus fuerzas activas estaban paralizadas — no por su poder analítico, sino por la mediocridad del ambiente y por su matrimonio infeliz. Y también Lavrezky termina en la miseria.

PEDRO KROPOTKIN

(*Continuará*)

Tcherkesoff ha muerto

Los amigos de Warlaam Tcherkesoff lamentan dar la infausta nueva de su deceso, sobrevenido el 18 de agosto último en Londres.

Tcherkesoff era uno de los últimos sobrevivientes de la primera Internacional y un veterano del movimiento comunista libertario

Nacido el 15 de septiembre de 1846, en Georgia, y destinado a la carrera militar, fué acusado de participar en el movimiento nihilista y encarcelado en 1886 en la fortaleza de Pedro y Pablo

En 1873, después de cuatro años de prisión, fué condenado a deportación perpetua y transportado a Siberia, de donde se evadió en 1876

En 1879 se nota la actividad de Tcherkesoff en Ginebra y en París, participando en la fundación de *La Révolte*, de Kropotkin, Reclus, Malatesta y otros de quienes se hace amigo íntimo Es expulsado de Francia a raíz del asesinato del zar Alejandro II

Pasó la última parte de su vida en Londres, donde formaba parte del grupo anarquista *Freedom*.

Cuando estalló la revolución regresó a Rusia y después del golpe de Estado bolcheviqui volvió a Georgia donde asistió más tarde, a la invasión del ejército rojo acompañada de ejecuciones en masa y de pillaje en regla. Tuvo que huir a Europa para escapar a las persecuciones.

El fin de su vida ha sido entristecido por los tratamientos bárbaros infligidos a su país natal y a los revolucionarios en general, por el gobierno de Moscú. Ha muerto esperando la liberación de su país.

Debemos a Tcherkesoff dos folletos que se han difundido en todas las lenguas. *Páginas de Historia Socialista* (1896) y *Precursores de la Internacional* (1899). Fué él quien llamó la atención sobre la extraña semejanza del célebre *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels con los *Principios del Socialismo* de Considerant aparecidos algunos años antes.

LE LIBERTAIRE

Anarquismo y filosofía

Si no a los primeros, pertenecemos al menos a aquellos que defienden con más constancia el anarquismo como fruto de la vida expoliada y subyugada de las grandes masas frente a quienes quisieran hacer de nuestras ideas un simple entretenimiento intelectual o darles un origen nobiliario en las altas cumbres del pensamiento puro. Sostenemos que nuestro movimiento no es menos respetable y no tiene una existencia menos justificada por haber nacido de los instintos y aspiraciones de la "santa canalla" que si hubiera nacido en las torres de marfil del pensador o del genio.

Para los que han bebido el néctar embriagador de las abstracciones metafísicas, es necesario dar ante su conciencia razón de ser al anarquismo en tanto que susceptible de armonizar con las divagaciones y los postulados de sus preferencias filosóficas. No negaremos al kantiano o neokantiano o como se llamen los adeptos a las diversas escuelas o iglesias de filosofía, el derecho a aceptar el anarquismo a través de las gafas de sus predilecciones metafísicas o científicas. Pero les prevenimos del peligro de subordinar el anarquismo, como ya se ha hecho más de una vez, al credo estético, filosófico, o a la disciplina científica predilectos. El anarquismo ha nacido, se ha desarrollado y prospera independientemente de la filosofía y de la ciencia en tanto que especialidades del pensamiento.

Es muy natural que si habituamos el espíritu a las palabras más o menos vacías o vagas de la filosofía, toda nuestra concepción de la vida llevará el sello del hábito adquirido. Hombres tan versados en las ciencias naturales como Kropotkin, han creído un deber armonizar nuestras ideas y aspiraciones con los conocimientos científicos de su época. Tarrida del Mármol, como ingeniero habituado a las fórmulas matemáticas, ha intentado formular matemáticamente el problema social y su solución; sus cifras y demostraciones no dicen nada a quien no conoce las matemáticas, a quien no sabe de ecuaciones algebraicas, pero para el entendido en esas cosas esas breves fórmulas equivalen a largos razonamientos. En todo caso podríamos constatar que existen diferentes medios de expresión de una misma idea: medios filosóficos, científico-naturales, matemáticos, musicales, pictóricos, etc. Sin embargo, el medio de expresión más elocuente es el que adopta la vida misma, el que se manifiesta en la acción, en el movimiento, y es ese el que emplean las grandes masas para decir lo que quieren y a donde van.

No rechazamos ninguna forma de expresión del contenido moral y social de nuestras ideas y no llegaremos a decir que el artista que interpreta la anarquía a través de una gama de notas musicales, no es anarquista, como no diríamos tampoco que el matemático que reconoce la anarquía no tiene derecho a traducir en su jerga especial lo que las grandes masas expresan en sus movimientos y nosotros nos esforzamos por expresar en un lenguaje comprensivo para el nivel intelectual de los trabajadores. Pero si el artista pretendiera que la verdadera anarquía es la interpretada en sus composiciones musicales, si el filósofo dijera lo mismo de su manera de ver, naturalmente trataríamos de reivindicar, como lo hacemos, el origen popular del movimiento anarquista y su independencia de las diversas escuelas artísticas, filosóficas y científicas.

Errico Malatesta acaba de hacer en *Pensiero e Volontà* algunas consideraciones en torno a la ciencia y a la anarquía, comentando una definición de Kropotkin. Sus puntos de vista equivalen a los nuestros sobre esa cuestión. Según él, la anarquía no es "una concepción del universo, basada sobre todos los fenómenos, sin excluir la vida de la sociedad", como decía Kropotkin al investigar el punto de nuestras ideas en la ciencia moderna; es, al contrario, "una aspiración humana, que no está fundada en ninguna verdadera o supuesta necesidad natural y que podrá realizarse o no realizarse según la voluntad humana. Aprovecha los medios que la ciencia proporciona al hombre en la lucha contra la naturaleza y contra las voluntades adversas; puede aprovecharse de los progresos del pensamiento filosófico, cuando sirven para enseñar a los hombres a razonar mejor y a distinguir mejor lo real de lo fantástico; pero no puede ser confundida, sin caer en el absurdo, ni con la ciencia ni con cualquiera que sea el sistema filosófico".

Malatesta reduce el mecanicismo, sin entrar en profundas disquisiciones, a su verdadera insuficiencia para explicar los fenómenos de la vida y además lo pone en contradicción con la anarquía, pues de aceptar la concepción mecánica, "¿qué significado pueden tener las palabras voluntad, libertad, responsabilidad? ¿Y para que serviría la educación, la propaganda, la rebelión?"

El ejemplo de Etievant defendiendo su irresponsabilidad en nombre de las leyes del determinismo, es un exponente de la excesiva humillación del anarquismo de una época a las corrientes científicas y filosóficas en moda; pero como advierte Malatesta, la misma argumentación de Etievant hubiera podido servir al juez para enviarlo al presidio, pues si el hombre no entra en la vida más que como un autómata determinado por fuerzas ineludibles, si no intervino la voluntad y el sentimiento de la responsabilidad en el hecho de Etievant, tampoco podía pretenderse que interviniera en la condena dictada por el juez.

Otra de las razones de Malatesta para reclamar la independencia de la anarquía frente a las diversas corrientes filosóficas es el cambio continuo de esas corrientes y su diversidad; el siglo pasado predominó el materialismo, actualmente se vuelve al idealismo en filosofía, mañana no sabemos qué corriente predominará. ¿Es que se quiere llevar y traer las ideas anarquistas según el capricho de los filósofos, que por lo demás tienen una influencia mínima o nula en la vida social?

Todos los jóvenes que vienen a nuestro movimiento desde las escuelas burguesas donde se enseñan tantas cosas sin valor alguno y donde se llena la cabeza de los concurrentes con tantas palabras vacías de sentido y de realidad, tienen la manía de reformar el anarquismo para ponerlo a tono con las cosas buenas o superfluas aprendidas en las instituciones de la ciencia oficial. Y lo peor no es eso, sino que obran como si quisieran hacer del anarquismo un humilde siervo de ciertas disciplinas científicas, filosóficas o de ciertas escuelas literarias en moda. Esa ridícula manía de innovaciones con que tropezamos a cada instante, merece una rotunda respuesta. Nuestro movimiento no puede estar a merced de los estudiantillos fracasados en sus estudios o de los rumiadores de extravagancias intelectuales. El anarquismo no es un monopolio de los que se suponen por encima de sus contemporáneos porque saben pronunciar ciertas palabras de jergas profesionales o manipular textos de tales o cuales pensadores de moda; el anarquismo es un movimiento social de

CACERIA

Sentado en el banco que se apoya sobre mi casa, yo miraba, por última vez, mi pequeño dominio, antes que se durmiese en el crepúsculo; mi patio, que se extendía a mis pies; a mi derecha, el vallado; frente a mí, en el muro, mi puerta, que siempre está abierta.

Ella da sobre el camino que orilla el bosque, y me mostraba una nube de ramas y hojas, que el poniente doraba y que también doraba el otoño como un sol más inmenso.

Concluía el día con dulzura, y pensaba yo con cuidado. Sobre mi seto la fina luz perfeccionaba los matices y deteníase en cada flor, en cada hoja.

Bruscamente sonó un cuerno de caza; la cabalgata de la vieja marquesa atravesaba el bosque.

Y he aquí que una gran silueta, extrañamente recortada, se me apareció sobre el umbral de la puerta, obstruyendo todo el hueco. Después la más gigantesca saltó, cayó y vació en medio del patio.

Era un ciervo: el que los invitados del castillo acosaban desde muchas horas... Allí quedó un instante, y nos miramos. Yo entreví su pelo manchado de barro y espuma, su lengua colgante, sus gruesos ojos turbios y su corazón que golpeaba sus flancos como un martillo.

Brincó de nuevo y reculó hasta un rincón, haciendo frente; mas ya desfallecido, y en la inmovilidad, el silencio y la ignorancia. Pero la casa estaba envuelta de aullidos frenéticos. La jauría se amontonaba en torno de la puerta y aullaba contra el muro.

Más atrás acudían y se multiplicaban niños cotocados y afeitados. Bien pronto, todos los habitantes de la aldea estuvieron alrededor nuestro y mostrábanse triunfalmente el ciervo, de cuernos enormes, como una especie de rey salvaje al un detenido en su carrera.

Los espectadores retroceden precipitadamente: llegaban caballeros y amazonas; un torbellino de trajes rojos y de polvo, chasquidos de látigos y relámpagos de cobre.

Todo esto se detuvo tumultuosamente, y los picadores se ordenaron tras la línea discordante de los perros para dar el toque de caza.

Y solo, infinitamente solo, el animal obscuro, que había venido a caer en la trampa de mi casa, no se movía. Aguardaba, resignado, la paz de la vida o la paz de la muerte. Yo veía moverse la multitud que quería su sangre; y a él lo veía vivir, sentía agitarse sus flancos y temblar su garganta — su garganta, el objeto de esta fiesta loca.

Un caballero rojo había echado ligeramente pie a tierra.

Sacó, con un gesto lento, su cuchillo de caza de la vaina, y pudo verse que la hoja era taraceada....

Los perros seguían ladrando. Pero todos habían cesado de hablar y de moverse, y cada cual miraba cuanto le era posible. Hubo gritos ahogados, mezclados con algunas risas convulsas.

El hombre se preparaba para penetrar en el patio; me dirigió una interrogación con la cabeza, gritando (era necesario gritar para hacerse oír, a causa del ladrido de los perros):

—¿Usted permite, verdad, señor?

Pero yo extendí el brazo para cerrar el paso, y grité a mi vez:

—¡No, no permito!

El se detuvo de golpe, sorprendido.

—¿Eh? ¿Qué, qué? ¿Qué es lo que dice? ¿Qué es lo que dice?

Se volvió hacia los que llegaban:

—¡No quiere que entremos!

Esta noticia fué acogida con una exclamación de estupor, en la cual voces femeninas ponían su nota aguda.

—¡Qué insolente! clamó una vieja dama.

Ella se dirigió a uno de sus compañeros:

—¡Ofrézcale dinero! — dijo en voz alta.

—¡Se os indemnizará, buen hombre!

Mis cejas se fruncieron y él ya no supo que decir.

Luego ellos pusiéronse a hablar todos a la vez, interpelándome, desconcertados, febriles, con un terrible furor, que se encendía en sus ojos.

Firme en mi umbral como un mojón, yo consideraba esos rostros que me sitiaban, esos rostros que un extraño azar me permitía ver de cerca y al desnudo.

Todos llevaban el signo del mismo instinto de muerte, bruscamente desencadenado por el obstáculo. A través de las palabras, de los pretextos, de los encogimientos, eso se manifestaba en sus facciones. Si ellos tenían ganas de arrojarse sobre mí con rabia y con odio, no era solo por orgullo herido, sino también por causa de un horroroso contratiempo. Habían batido esa carne huyente; ahora, llegados sobre ella, querían degollarla. Uno de ellos trató de explicármelo, con frases nerviosas, y mientras hablaba alzaba la cabeza hacia la presa, para vigilarla.

Un anciano tendía hacia la víctima esperada su mano crispada en garra. Otro, más feroz, la miraba con deseo.

Y las mujeres eran más feas que los hombres. El pudor retenía sus verdaderas palabras en su garganta; pero una extraordinaria excitación las turbaba por entero. Se las sentía entregadas a una vergonzosa espera, todo el cuerpo palpitante.

Una de ellas, muy joven, con la trenza algo levantada que bailaba sobre su espalda, con un arrebato espontáneo, habíase deslizado hasta la primera fila, y alzando hacia mí sus ojos encantadores:

—Os lo suplico, señor — dijo, juntando las manos. Al lado de estos grupos tan apasionadamente aturdidos, los aullidos de los perros, tenían algo de inocente; los perros esclavos no sentían contra el ciervo sino el odio de los hombres.

Y los campesinos ahora estaban más apartados. Me pareció que se separaban de los otros, que comenzaban a comprender que la caza es cosa distinta de lo que se cree.

Una mujer del pueblo, que llevaba un niño en sus brazos, se alejó precipitadamente, como si de repente hubiese temido un contagio... El carnicero de la aldea, con su delantal manchado por la sangre de su oficio miraba, con los brazos majestuosamente cruzados, y se leía sobre el rostro del sombrío obrero una expresión de desprecio y de cólera.

Mientras tanto, el murmullo y la amenaza recrudecían.

Yo comprendí que ambos seríamos vencidos, que yo no podría defender largo tiempo a la bestia batida: tanto deseo tenían de asesinarla.

Mis ojos descansaron sobre el vasto animal, que ni siquiera estaba herido; y con un desorden y un apresuramiento desesperados, sueños de dulzura pasaron por mi cabeza... Los pocos minutos de su existencia que yo le había hasta entonces conservado me parecían preciosos y casi tiernos. Y pensando en los gritos sanguinarios que me asaltaban comprendí hasta qué punto la criatura humana y el animal, que difieren tan prodigiosamente en la vida, se asemejan en la muerte, y cómo todos los seres vivos se van fraternalmente.

Entonces cerré los puños y tartamudeé:

—¡No quiero! ¡Idos!

Pero la ola desbordaba dispuesta a todo.

—¡Lo necesitamos! — jadeó una voz.

—¡Muera!... ¡Muera!... — clamaron los otros.

Una manecita se agitó.

—¡Ya encontré! ¡Se le puede matar desde aquí, con mi carabina!...

—¡Es verdad! ¡Es verdad!... ¡Buena idea!

—¡Yo!

—¡Yo!

Un joven grueso armó la carabina y midió con la vista la distancia. Yo empuñé el arma por el caño y la arrancaré de sus manos.

—¡Palurdo! — babeó él.

...Entonces la avalancha fué un hecho, de todos lados, irresistible... Entraron todos.

Levantado, atropellado, rechazado, todavía intente hacerme oír.

—¡Idos; ¡yo no quiero!

Pero su alegría furiosa no podía ya escuchar nada y se precipitaban hacia el animal, que en el ángulo del muro abría sus ojos con la gran tranquilidad vacía de la naturaleza, o de la nada.

Entonces yo sentí que me arrojaba delante de la criatura condenada; yo sentí que apuntaba la carabina, que tiraba sobre la jauría de los hombres y las mujeres... y que yo tenía razón!

HENRY BARBUSSE

---

las masas explotadas y oprimidas que tiende a la libertad y al bienestar por la destrucción de los Estados y la asociación fraternal de los hombres libres e iguales. Si el músico puede cooperar a ese movimiento, bienvenido sea; si puede hacerlo el discípulo de Stirner con sus morbosas exacerbaciones del yo, que lo haga; si puede el filósofo contribuir en algo con su penetración mental o con su criterio racional, las puertas están libres, pero que tengan presente siempre que el anarquismo puede existir sin ellos y que si no rechaza su cooperación, tampoco la acepta al precio de ninguna claudicación.

BIBLIOGRAFIA

"Jesús atado a la Columna", Angel Samblancat. Editorial B. Bauza, Barcelona.—

Componen este libro una serie de notas críticas, bocetos literarios y otros ensayos que el autor ha perfilado con ese estilo tan característico y personal suyo, suficientemente conocido por los lectores del SUPLEMENTO. Ocioso, pues, sería decir que por su estilo arquitectónico, este libro no puede ser considerado como formando parte de las escuelas literarias más en boga, de antes y después de la Gran Guerra.

"Jesús atado a la columna" es un libro en el cual el observador sagaz se articula maravillosamente con el panfletista culminando ambos en la cima de lo patético, por su modo peculiar de decir y de ver.

Diremos, empero, que para el castellano de América, el retruecano y la textura de la frase resultan, a veces, atosigantes. Los vocablos "jinjolerías", "fanfinflar", "cuscurrunear", "prosopopeyizó" y cien más, desbaratan profundamente su peculiar fonética. Esto, unido también a ciertos giros andaluzados, que todavía usan algunos escritores españoles, hacen un tanto exótico este libro, para los lectores habituales de aquí.

Y conste que, al hablar de este modo, nos referimos solamente al trabajo de albañilería, a la enjundia del léxico, sin menoscabo ni ofensa para las intenciones, los conceptos y propósitos del escritor, con los cuales nos hallamos identificados.

Desde su enhiesto mirador, Samblancat arremete contra el gregarismo ambiente, de hombres y cosas, con el desenfado propio en tan singular escritor. Añadiremos, pues, que, dentro de su estilo, es un libro de crítica y combate, que todo amante de la verdad y de la justicia leerá con gusto, y que, por igual motivo, hará fruncir el ceño o contraer los labios al burgués apacible, de lecturas reposadas y vida tranquila.

Nuestra enhorabuena al camarada.

CRITON

D'Andrea Virgilia — "L'ora di Maramaldo". Un vol. de 220 págs. en 8°. con ilustraciones. Libreria editrice Lavoratori Industriali del Mondo, 158 Carroll Street, Brooklyn, N. Y., 1925.

Los editores de este volumen acompañan la recopilación de un prefacio donde se lee: "Falta en nuestra literatura el libro para el corazón. El libro que sea polémica, protesta, rebelión y que hable, al mismo tiempo, no sólo a los militantes, sino también a aquella parte del público que puede entendernos, con mayor eficacia, por las vías del sentimiento"...

Este libro de Virgilia d'Andrea, que ya nos había ofrendado la colección de versos *Tormento* (Milano, 1922, con prefacio de Malatesta), está llamado a obrar en los espíritus por las vías del sentimiento, y compartimos con los editores el deseo de una mayor contribución literaria en ese sentido. ¡Figurémonos cómo vibraría el alma de un Pietro Gori en esta hora de luto para Italia y para el mundo! Los acordes de su lira harían estremecer a los proletarios sensibles de todos los países, templando el ánimo y ennobleciendo el corazón para superar este instante terrible. Una prueba de lo que significaría un Pietro Gori en estos momentos, sólo como poeta de la anarquía y de la tragedia proletaria, la tenemos en el hecho de que sus obras constituyen todavía, a pesar de haber pasado ya algunos años, una lectura favorita; si concurrís a los ambientes de los prófugos italianos, de toda esa juventud que ambula por diversos países en esta "hora de Maramaldo", escucharéis a menudo fragmentos de la obra del gran libertario en labios de los proscriptos; recientemente editó "Libero Accordo" de Roma la conferencia en verso pronunciada en 1892 y titulada: "Alla conquista dell'Avvenire" (octava edición).

Virgilia d'Andrea, como se sabe, maneja una lira sensible a los dolores sociales, tiene un temperamento inconfundible y un estilo lleno de dulzura y de sonoridad. Cuando se ha leído una página de Virgilia d'Andrea no se olvida más su estilo florido y sentimental; bajo este aspecto d'Andrea es tan personal como Leda Raffanelli, esta última de tonalidad más fuerte, sin embargo, aunque no más literaria. Leyendo a Leda Raffanelli se tiene la impresión de estar en contacto con un espíritu viril, pleno de energía; Virgilia d'Andrea es un alma completamente femenina, y cuando se la conoce, se constanta que no hace ninguna violencia al escribir, que el estilo es ella misma.

"L'Ora di Maramaldo" está compuesto por diversos artículos aparecidos en nuestra prensa, en "Umanitá Nova", en "Il-Proletario" de Chicago y en otros periódicos. Se ven fechas de 1921 y fechas recientísimas, pero todos los fragmentos están ligados por una nota solidaria que significa la tragedia de Italia desde los comienzos del fascismo.

Involuntariamente nos recuerda este libro "L'Italia tra due Crispi" de Armando Borghi: el mismo tema, pero visto desde otro punto de vista y a través de otro temperamento.

Quisiéramos ahora señalar las partes que más nos agradan de esta recopilación, pero no podemos decidirnos; todos los artículos recogidos nos producen la misma fuerte impresión de dolor y de angustia; todos merecen leerse y todos se leerán, seguramente, por los camaradas italianos, y por quienes conozcan el idioma; la tragedia concentrada en este libro no es sólo italiana, aunque el fondo del cuadro sea Italia; para todos nosotros tiene un valor de cosa vivida, de sentimiento experimentado.

Si las circunstancias no hubieran sido tan poco propicias, "L'Ora di Maramaldo" habría formado un volumen de la Editorial LA PROTESTA, pues, la idea de la recopilación de algunos trabajos de Virgilia d'Andrea, se nos había ocurrido hace ya un par de años, cuando esta compañera, en sus andanzas por el destierro, llegó a Berlín. Pero de no haber podido hacerla nosotros, nos regocija que la idea no se haya perdido.

D. A. de S.

Para el 12 de octubre presentaremos a los lectores un número extraordinario del SUPLEMENTO

Dos motivos nos impulsan a ello. Uno, cumplir con el aniversario de la desaparición de F. Ferrer, y el otro, ir contra la guerra, no sólo la que se está desarrollando en Marruecos, sino contra las empresas bélicas en general.

Naturalmente, el caso particular de la sangrienta tragedia que envuelve en su turbión a los moros, nos ofrecerá amplio margen para discurrir sobre las lindezas y brutalidades de quienes elevaron a la quintaesencia la ferocidad de matar con los menores riesgos.